



Relaciones. Estudios de historia y sociedad

ISSN: 0185-3929

relacion@colmich.edu.mx

El Colegio de Michoacán, A.C

México

Healey, Mark Alan

Buscando un orden entre los escombros: Iglesia y Estado después del terremoto de 1944 en San Juan, Argentina

Relaciones. Estudios de historia y sociedad, vol. XXV, núm. 97, invierno, 2004, pp. 58-89

El Colegio de Michoacán, A.C

Zamora, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13709702>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



## BUSCANDO UN ORDEN

**ENTRE LOS ESCOMBROS: IGLESIA Y ESTADO DESPUÉS  
DEL TERREMOTO DE 1944 EN SAN JUAN, ARGENTINA**

RELACIONES 97, INVIERNO 2004, VOL. XXV

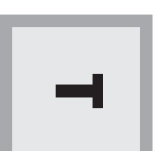
---

*Mark Alan Healey* \*  
UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA, BERKELEY

---

A principios de 1944, un terremoto destruyó a la ciudad de San Juan, Argentina. Para los voceros del régimen militar, y sus aliados clericales, el desastre fue un juicio radical al orden liberal anterior, y una invitación a su transformación. Este ensayo examina las estrategias adoptadas por la Iglesia y el Estado frente a la ciudad en ruinas, mostrando como un acuerdo inicial devino en fuertes conflictos y desencuentros además de la emergencia de un movimiento político novedoso, el peronismo.

(Peronismo, Argentina, reconstrucción, Iglesia, propiedad)



Tras la profunda crisis de legitimidad que vivió la Argentina liberal a partir del golpe de 1930, emergió en el país un discurso crítico que denunciaba la decadencia del orden imperante y proclamaba la necesidad de un cambio radical. Los gobiernos que siguieron al golpe habían sido nominalmente democráticos, pero su poder descansaba sobre una combinación de fraude masivo, violencia política y exclusión social. Frente a este tramado se constituía la oposición de izquierda y la de derecha. Esta última incluía una amplia gama de movimientos católicos, nacionalistas y fascistas que, más allá de profundas diferencias, coincidían en impulsar una ruptura profunda con la república cosmopolita del “desarrollo hacia fuera”. Las fuerzas armadas y la Iglesia se convirtieron paulatinamente en la base institucional de esta oposición, y luego en los protagonistas del golpe de junio de 1943 que puso fin a la “década infame” y proclamó una revolución nacionalista, corporativista y católica. Sin embargo, por mucho que se entusiasmaran con el golpe y el cambio que anunciaba, pocos críticos del orden liberal podrán haber imaginado un hecho que diera una confirmación tan contundente de sus denuncias o una invitación tan urgente para sus proyectos como el terremoto del 15 de enero de 1944.

Esa tarde de verano, poco antes del amanecer, un sismo destruyó a la ciudad de San Juan. Borró todos los símbolos de autoridad: la casa de gobierno, la legislatura, las cortes, la nueva municipalidad, los clubes

---

\* mahealey@socrates.berkeley.edu

prestigiosos y todas las iglesias parroquiales de la ciudad. Derrumbó más del noventa por ciento de las casas, unos doce mil edificios en total. Dejó diez mil muertos, decenas de miles de heridos, y cien mil ciudadanos sin techo. Fue el peor desastre natural en la historia nacional.

No era difícil ver a San Juan como una radiografía de los logros y debilidades de la Argentina liberal. Desde el auge vitivinícola a finales del siglo anterior, la capital provincial se había convertido en una ciudad de fachadas vistosas, coches de última marca y profundas desigualdades. Dominada por los dueños de bodegas, era una región marcada por "el arraigo de las cepas y el desarraigo de los hombres", al decir de un intelectual local.<sup>1</sup> Sólo una provincia le superaba en mortalidad infantil.<sup>2</sup> Cada año tres cuartos de los muchachos sanjuaninos que se presentaban al servicio militar eran rechazados por insalubres.<sup>3</sup> Esta injusticia social vino acompañada por imprevisión urbana. La tierra temblaba con frecuencia, y un terremoto había devastado la ciudad cincuenta años antes. Pero los informes técnicos de entonces habían sido ignorados primero, y olvidados luego. La ciudad tenía decenas de ingenieros, un puñado de arquitectos, y ningún código de edificación.

La tragedia fue el punto culminante de una década de críticas al orden social existente, y uno de los puntos de partida para la transformación de ese orden. El terremoto ocurrió en el momento en que, gracias al régimen militar, la Iglesia estaba concretando el proyecto social integrista que había anhelado largamente. En este artículo examinamos las respuestas católicas a la destrucción y reconstrucción de San Juan. Dada la vocación política de la Iglesia argentina en esta coyuntura, nuestro análisis está enfocado sobre todo en los aspectos políticos de esa respuesta. Además de mostrar la actuación concreta de la Iglesia frente al peor desastre natural de la historia nacional, exploramos los contornos

<sup>1</sup> Benito Marianetti, *El nacimiento y su aventura: la cuestión vitivinícola*, Mendoza, Editorial Platina, 1965.

<sup>2</sup> Marcelo Cañellas, "El Terremoto de San Juan: Problemas de orden económico y su solución," *Revista de Ciencias Económicas*, xxxii, núm. 276, julio de 1944, 612.

<sup>3</sup> "Informe del Departamento Provincial del Trabajo de San Juan," 1938, citado por Nancy Weststrate, *The Populist Prism and the End of an Era: Culture, Politics and Economics in San Juan and Mendoza, Argentina, 1890-1930*, tesis doctoral, Duke University, 1993, 327.

locales de la renovación católica nacional, algo poco presente en los estudios recientes, y ofrecemos otra mirada sobre la cuestión largamente debatida de los orígenes del peronismo.

Mirando más allá de las ruinas, voceros de la Iglesia y el Estado presentarían la tragedia como una oportunidad de superación, de llevar a la práctica las consignas acuñadas durante una década de militancia católica nacionalista e integrista. Frente a esta crisis, la provisión masiva de ayuda y consuelo habría de demostrar la capacidad y la compasión tanto del nuevo orden como de la alianza de la cruz y la espada en que se basaba. Tener la mitad de la población sin techo exigía soluciones, pero además invitaba a propuestas ambiciosas para reformar la sociedad sanjuanina. ¿Cómo volver a habitar este lugar? ¿Y cómo imaginar y construir otra ciudad, más justa y duradera?

#### HACIA EL NUEVO ORDEN CRISTIANO

Debilitada y aislada por las reformas liberales de fines del siglo diecinueve, la Iglesia argentina recién empezó a recuperar sus fuerzas y a tener una estrategia para reconquistar el Estado a mediados de los años veinte. Esta estrategia representó un cambio de actitudes y prácticas respecto de la postura defensiva y conservadora de la Iglesia tradicional. Después de apoyar el golpe militar de 1930, la Iglesia empezaba a ver los frutos de esta estrategia. Aunque los gobiernos posteriores al golpe mantuvieron, en lo formal, las estructuras políticas liberales, también abrieron para la Iglesia amplios espacios de influencia sobre la sociedad civil y las fuerzas armadas. Sobre todo a partir de la fundación de la Acción Católica en 1931 y la consagración pública del Congreso Eucarístico de 1934, el mundo católico se encontraba en plena expansión social, institucional y política. Los católicos vivieron una suerte de "primavera": cuadros en permanente crecimiento, movilizaciones masivas, intensa militancia, una organización eficaz y también una doctrina.<sup>4</sup> En las grandes ciudades, donde la Iglesia había tenido una presencia débil

<sup>4</sup> Luis Alberto Romero, "Católicos en movimiento: activismo en una parroquia de Buenos Aires, 1935-46", *Estudios Sociales* 14, 1998, 90.

prestigiosos y todas las iglesias parroquiales de la ciudad. Derrumbó más del noventa por ciento de las casas, unos doce mil edificios en total. Dejó diez mil muertos, decenas de miles de heridos, y cien mil ciudadanos sin techo. Fue el peor desastre natural en la historia nacional.

No era difícil ver a San Juan como una radiografía de los logros y debilidades de la Argentina liberal. Desde el auge vitivinícola a finales del siglo anterior, la capital provincial se había convertido en una ciudad de fachadas vistosas, coches de última marca y profundas desigualdades. Dominada por los dueños de bodegas, era una región marcada por "el arraigo de las cepas y el desarraigo de los hombres", al decir de un intelectual local.<sup>1</sup> Sólo una provincia le superaba en mortalidad infantil.<sup>2</sup> Cada año tres cuartos de los muchachos sanjuaninos que se presentaban al servicio militar eran rechazados por insalubres.<sup>3</sup> Esta injusticia social vino acompañada por imprevisión urbana. La tierra temblaba con frecuencia, y un terremoto había devastado la ciudad cincuenta años antes. Pero los informes técnicos de entonces habían sido ignorados primero, y olvidados luego. La ciudad tenía decenas de ingenieros, un puñado de arquitectos, y ningún código de edificación.

La tragedia fue el punto culminante de una década de críticas al orden social existente, y uno de los puntos de partida para la transformación de ese orden. El terremoto ocurrió en el momento en que, gracias al régimen militar, la Iglesia estaba concretando el proyecto social integrista que había anhelado largamente. En este artículo examinamos las respuestas católicas a la destrucción y reconstrucción de San Juan. Dada la vocación política de la Iglesia argentina en esta coyuntura, nuestro análisis está enfocado sobre todo en los aspectos políticos de esa respuesta. Además de mostrar la actuación concreta de la Iglesia frente al peor desastre natural de la historia nacional, exploramos los contornos

<sup>1</sup> Benito Marianetti, *El nacimiento y su aventura: la cuestión vitivinícola*, Mendoza, Editorial Platina, 1965.

<sup>2</sup> Marcelo Cañellas, "El Terremoto de San Juan: Problemas de orden económico y su solución," *Revista de Ciencias Económicas*, xxxii, núm. 276, julio de 1944, 612.

<sup>3</sup> "Informe del Departamento Provincial del Trabajo de San Juan," 1938, citado por Nancy Weststrate, *The Populist Prism and the End of an Era: Culture, Politics and Economics in San Juan and Mendoza, Argentina, 1890-1930*, tesis doctoral, Duke University, 1993, 327.

locales de la renovación católica nacional, algo poco presente en los estudios recientes, y ofrecemos otra mirada sobre la cuestión largamente debatida de los orígenes del peronismo.

Mirando más allá de las ruinas, voceros de la Iglesia y el Estado presentarían la tragedia como una oportunidad de superación, de llevar a la práctica las consignas acuñadas durante una década de militancia católica nacionalista e integrista. Frente a esta crisis, la provisión masiva de ayuda y consuelo habría de demostrar la capacidad y la compasión tanto del nuevo orden como de la alianza de la cruz y la espada en que se basaba. Tener la mitad de la población sin techo exigía soluciones, pero además invitaba a propuestas ambiciosas para reformar la sociedad sanjuanina. ¿Cómo volver a habitar este lugar? ¿Y cómo imaginar y construir otra ciudad, más justa y duradera?

#### HACIA EL NUEVO ORDEN CRISTIANO

Debilitada y aislada por las reformas liberales de fines del siglo diecinueve, la Iglesia argentina recién empezó a recuperar sus fuerzas y a tener una estrategia para reconquistar el Estado a mediados de los años veinte. Esta estrategia representó un cambio de actitudes y prácticas respecto de la postura defensiva y conservadora de la Iglesia tradicional. Después de apoyar el golpe militar de 1930, la Iglesia empezaba a ver los frutos de esta estrategia. Aunque los gobiernos posteriores al golpe mantuvieron, en lo formal, las estructuras políticas liberales, también abrieron para la Iglesia amplios espacios de influencia sobre la sociedad civil y las fuerzas armadas. Sobre todo a partir de la fundación de la Acción Católica en 1931 y la consagración pública del Congreso Eucarístico de 1934, el mundo católico se encontraba en plena expansión social, institucional y política. Los católicos vivieron una suerte de "primavera": cuadros en permanente crecimiento, movilizaciones masivas, intensa militancia, una organización eficaz y también una doctrina.<sup>4</sup> En las grandes ciudades, donde la Iglesia había tenido una presencia débil

<sup>4</sup> Luis Alberto Romero, "Católicos en movimiento: activismo en una parroquia de Buenos Aires, 1935-46", *Estudios Sociales* 14, 1998, 90.

entre los sectores populares, las iglesias parroquiales crecieron rápidamente en número y actividad. A lo largo del país la Iglesia ganó nuevos aliados y militantes entre todas las clases, imbuídos de un programa autoritario y renovador.<sup>5</sup>

El primer postulado de la renovación siempre fue el antiliberalismo y su apuesta a largo plazo fue la “vía militar a la cristiandad”. La prédica nacionalista y el ideario integrista coincidieron en reivindicar a los soldados como alma de la nación, y la renovación eclesial se trabajó para que esa alma fuese cada vez más católica. Figuras clave del mundo católico se convirtieron en una presencia constante en el ámbito castrense, dando charlas, oficiando misas, señalando rumbos, y tejiendo paulatinamente una alianza. El rol protagónico que el ejército tomaría en la implementación del ideario católico no fue casual, sino el resultado del largo trabajo de confesionalización de esta institución clave del Estado. Éstos fueron los años de la transición, en la expresión del historiador Loris Zanatta, “del Estado liberal a la nación católica”.<sup>6</sup>

Sin embargo, en el curso de este proceso se iba modificando el programa del “nuevo orden cristiano”. Por un lado, se resaltaba aún más la importancia del Estado fuerte y rector. Por otro lado, a medida que muchos militantes católicos entraban más en contacto con la vida cotidiana de las clases populares, iban aumentando sus reclamos de justicia social. La lucha contra la pobreza, la desigualdad y la ausencia de derechos no había formado parte del programa católico al principio de la década, mas pasó a ser un elemento central hacia el final de la misma. A principios de 1944, por ejemplo, el diario católico *El Pueblo* declaró que lo fundamental era poner “el Estado con toda su fuerza y su capacidad en defensa de quienes en la presente ordenación anticristiana que da su prelación a la riqueza, quedan colocados bajo su imperio tiránico e in-

<sup>5</sup> Hay una buena descripción de este proceso en los primeros dos capítulos de Lila Caimari, *Perón y la Iglesia Católica: Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995.

<sup>6</sup> Véanse los excelentes estudios de Zanatta: *Del Estado liberal a la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996; y *Perón y el mito de la Nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo: 1943-1946*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

justo”. A la crítica teológica del liberalismo como orden se había añadido una profunda crítica social.<sup>7</sup>

En el camino hacia la solución militar, hubo varios ensayos por parte de gobiernos civiles provinciales de implementar parte del programa católico: uno de los más notables fue en San Juan.

#### UNA CIUDAD DIVIDIDA

Aunque el trazado de sus calles le daba un aire colonial, San Juan antes del terremoto era una ciudad moderna forjada por el boom vitivinícola de los últimos sesenta años. Empezando con la llegada del ferrocarril, una nueva elite había transformado al valle central de esta provincia árida y despoblada en un paisaje de monocultivo intensivo de uvas. Mandaron construir mansiones en la capital y bodegas cerca del ferrocarril y desde esos sitios lograron dominar el nuevo paisaje provincial.

Pero si fueron los bodegueros quienes moldearon la economía de la provincia, sería el cantonismo el que transformaría su política y su sociedad a partir de 1920. Nacido de la misma elite, el médico Federico Cantoni la atacó de manera frontal. Trajo la “chusma” al centro del escenario político y marcó a fuego la vida provincial. Hizo carrera violando las jerarquías sociales, vistiéndose mal, y atendiendo gratis a los pobres en su clínica. Impuso un programa social de avanzada: triplicó el sueldo básico, estableció derechos laborales y, por primera vez en el país, extendió el voto a las mujeres. Escribió una nueva constitución, estableció un esquema progresista de impuestos, y lanzó ambiciosas iniciativas en salud, educación, obras públicas, viviendas populares e industrialización dirigida por el Estado. Todos estos proyectos apuntaban a romper el poder bodeguero y construir una provincia distinta, más igualitaria en lo social y más diversificada en lo económico.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> “Un Pequeño Drama Aleccionador”, *El Pueblo*, 11 de enero de 1944.

<sup>8</sup> Véase Luis Javier Garcés, *La escuela cantonista: Educación, sociedad y Estado en el San Juan de los años 20*, San Juan, Editorial Fundación Universitaria de San Juan, 1992; Nancy Westrate, *The Populist Prism and the End of an Era: Culture, Politics and Economics in San Juan and Mendoza, Argentina, 1890-1930*, tesis doctoral, Duke University, 1993; y Susana Ramella, *El radicalismo blanquista en San Juan*, San Juan, Gobierno de la Provincia, 1986.

entre los sectores populares, las iglesias parroquiales crecieron rápidamente en número y actividad. A lo largo del país la Iglesia ganó nuevos aliados y militantes entre todas las clases, imbuídos de un programa autoritario y renovador.<sup>5</sup>

El primer postulado de la renovación siempre fue el antiliberalismo y su apuesta a largo plazo fue la "vía militar a la cristiandad". La prètica nacionalista y el ideario integrista coincidieron en reivindicar a los soldados como alma de la nación, y la renovación eclesialística trabajó para que esa alma fuese cada vez más católica. Figuras clave del mundo católico se convirtieron en una presencia constante en el ámbito castrense, dando charlas, oficiando misas, señalando rumbos, y tejiendo pacientemente una alianza. El rol protagónico que el ejército tomaría en la implementación del ideario católico no fue casual, sino el resultado del largo trabajo de confesionalización de esta institución clave del Estado. Éstos fueron los años de la transición, en la expresión del historiador Loris Zanatta, "del Estado liberal a la nación católica".<sup>6</sup>

Sin embargo, en el curso de este proceso se iba modificando el programa del "nuevo orden cristiano". Por un lado, se resaltaba aún más la importancia del Estado fuerte y rector. Por otro lado, a medida que muchos militantes católicos entraban más en contacto con la vida cotidiana de las clases populares, iban aumentando sus reclamos de justicia social. La lucha contra la pobreza, la desigualdad y la ausencia de derechos no había formado parte del programa católico al principio de la década, mas pasó a ser un elemento central hacia el final de la misma. A principios de 1944, por ejemplo, el diario católico *El Pueblo* declaró que lo fundamental era poner "el Estado con toda su fuerza y su capacidad en defensa de quienes en la presente ordenación anticristiana que da su premaxia a la riqueza, quedan colocados bajo su imperio tiránico e in-

<sup>5</sup> Hay una buena descripción de este proceso en los primeros dos capítulos de Lila Caimari, *Perón y la Iglesia Católica: Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995.

<sup>6</sup> Véanse los excelentes estudios de Zanatta: *Del Estado liberal a la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996; y *Perón y el mito de la Nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo: 1943-1946*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

justo". A la crítica teológica del liberalismo como orden se había añadido una profunda crítica social.<sup>7</sup>

En el camino hacia la solución militar, hubo varios ensayos por parte de gobiernos civiles provinciales de implementar parte del programa católico: uno de los más notables fue en San Juan.

#### UNA CIUDAD DIVIDIDA

Aunque el trazado de sus calles le daba un aire colonial, San Juan antes del terremoto era una ciudad moderna forjada por el boom vitivinícola de los últimos sesenta años. Empezando con la llegada del ferrocarril, una nueva elite había transformado al valle central de esta provincia árida y despoblada en un paisaje de monocultivo intensivo de uvas. Mandaron construir mansiones en la capital y bodegas cerca del ferrocarril y desde esos sitios lograron dominar el nuevo paisaje provincial.

Pero si fueron los bodegueros quienes moldearon la economía de la provincia, sería el cantonismo el que transformaría su política y su sociedad a partir de 1920. Nacido de la misma elite, el médico Federico Cantoni la atacó de manera frontal. Trajo la "chusma" al centro del escenario político y marcó a fuego la vida provincial. Hizo carrera violando las jerarquías sociales, visitándose mal, y atendiendo gratis a los pobres en su clínica. Impuso un programa social de avanzada: triplicó el sueldo básico, estableció derechos laborales y, por primera vez en el país, extendió el voto a las mujeres. Escribió una nueva constitución, estableció un esquema progresista de impuestos, y lanzó ambiciosas iniciativas en salud, educación, obras públicas, viviendas populares e industrialización dirigida por el Estado. Todos estos proyectos apuntaban a romper el poder bodeguero y construir una provincia distinta, más igualitaria en lo social y más diversificada en lo económico.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> "Un Pequeño Drama Aleccionador", *El Pueblo*, 11 de enero de 1944.

<sup>8</sup> Véase Luis Javier Garcés, *La escuela cantonista: Educación, sociedad y Estado en el San Juan de los años 20*, San Juan, Editorial Fundación Universitaria de San Juan, 1992; Nancy Westrate, *The Populist Prism and the End of an Era: Culture, Politics and Economics in San Juan and Mendoza, Argentina, 1890-1930*, tesis doctoral, Duke University, 1993; y Susana Ramella, *El radicalismo blanquista en San Juan*, San Juan, Gobierno de la Provincia, 1986.

El cantonismo ganó todas las elecciones legítimas durante dos décadas, pero sus administraciones se desarrollaron en un clima de confrontación, violencia y autoritarismo. *Oderint dum metuant*, proclamaba la tapa del diario partidario de Cantoni, “Que nos odien, mientras nos teman”. Para los opositores, el cantonismo era simplemente “el mundo al revés”. Nunca pudieron vencer al cantonismo en las urnas, pero sí lo derrotaron que ninguna de las tres administraciones cantonistas terminara su mandato. Las primeras dos fueron removidas por intervenciones nacionales, seguidas de represión masiva. La tercera vez fue un sangriento golpe de estado provincial, en febrero de 1934, que unió a toda la oposición, desde conservadores hasta socialistas, bajo el lema “Dios, patria, hogar”.

Al principio, la inusitada unidad de la oposición parecía abrir una nueva etapa en la política local, pero el ala “liberal” de los conservadores pronto abandonó a sus aliados y se apoderó del Estado. Incapaces de revertir las reformas cantonistas por vía legal, se dedicaron a convertir en letra muerta mediante violencia política, el fraude masivo y la corrupción sistemática. Fueron efectivos en saquear al Estado, pero no en establecer un orden político estable: en los diez años entre el golpe y el terremoto, San Juan tendría once administraciones provinciales.

El único intento sostenido de salir de esta crisis de legitimidad vino de la militancia católica. El abogado católico Horacio Videla había advertido en 1934 que el cantonismo era repugnante pero “no nos podemos oponer a una ola de cambio que, al defender al desheredado, será finalmente la salvación de nuestra civilización en bancarota”.<sup>9</sup> En los años inestables que siguieron, el puñado de intelectuales y profesionales que dirigían la Acción Católica local se cansaron de servir de fuerza de choque para la “oligarquía” y, con la ayuda de unos sacerdotes jóvenes imbuidos de las ideas de la renovación católica, se dedicaron a impulsar un proyecto diferente. Para el abogado católico Pablo Ramella, “cantar loas a la democracia y a la voluntad soberana del pueblo y hacer fraudes electorales, es más pernicioso y más irritante que dar un golpe

de Estado suprimiendo toda garantía política”. Temerosos de la vuelta del cantonismo, opuestos a “la ambigüedad moral” del liberalismo y repugnados por la miseria social de la provincia, los católicos impulsaron una reforma corporativista y clerical destinada a reestablecer tanto la justicia como la jerarquía social.<sup>10</sup>

Aunque la pobreza que denunciaban tenía sus raíces en el poder de las bodegas, el proyecto que impulsaron triunfó gracias al apoyo de un grupo clave de bodegueros. Dos familias, Graffigna y Del Bono, eran dueñas de las dos bodegas más importantes, el principal diario, las emisoras de radio, y gran parte de la propiedad urbana. Los líderes de estas familias eran a la vez los más firmes aliados locales de la Iglesia y los máximos referentes del ala antiliberal del conservadurismo local. El objetivo general de la Acción Católica era ganar las clases medias y (en alguna medida) populares para la Iglesia. En áreas centrales del país, como Buenos Aires, Rosario y Córdoba, la renovación católica efectivamente atrajo nuevos grupos a la Iglesia, y eventualmente a la política. Pero en San Juan y otras provincias del interior, su novedad consistió más en las nuevas herramientas que aportó que en los grupos que atrajo. Al reivindicar tanto la justicia como la jerarquía social, la renovación católica ofreció un nuevo papel y un nuevo programa para elites divididas y acorraladas, de modo que no debe sorprender que se haya nutrido de familias influyentes y profesionales destacados. Horacio Videla, figura clave de la militancia católica local, era también presidente del exclusivo Club Social, y esta tendencia elitista se acentuó aún más con la llegada en 1940 de un nuevo arzobispo, Audino Rodríguez y Olmos.<sup>11</sup> Podemos encontrar una muestra casual de la extracción social del grupo en la dramatización de Belén que patrocinó para la navidad de 1945 en el principal teatro de la ciudad. Todos los niños del reparto, sin excep-

<sup>10</sup> Pablo Ramella, *Reformas a la constitución de San Juan*, San Juan, edición del autor, 1943, 18.

<sup>11</sup> Para la enorme frustración de los bodegueros, su antecesor había tolerado a los hermanos Cantoni, que eran ateos declarados, favorecido el programa social del cantonismo, y hasta permitido que un cura se postulara a diputado en la lista cantonista. Véase Luis Garcés, *La escuela cantonista. Educación, sociedad y Estado en el San Juan de los años 20*, San Juan, Editorial Fundación Universitaria de San Juan, 1992.

<sup>9</sup> Horacio Videla, “Proyecto Orgánico de Departamento de Trabajo”, citado por Nancy Westrate, *The Populist Prism and the End of an Era: Culture, Politics and Economics in San Juan and Mendoza, Argentina, 1890-1930*, tesis doctoral, Duke University, 1993, 334-5.

El cantonismo ganó todas las elecciones legítimas durante dos décadas, pero sus administraciones se desarrollaron en un clima de confrontación, violencia y autoritarismo. *Oderint dum metuant*, proclamaba la tapa del diario partidario de Cantoni, “Que nos odien, mientras nos teman”. Para los opositores, el cantonismo era simplemente “el mundo al revés”. Nunca pudieron vencer al cantonismo en las urnas, pero sí lo derrotaron que ninguna de las tres administraciones cantonistas terminara su mandato. Las primeras dos fueron removidas por intervenciones nacionales, seguidas de represión masiva. La tercera vez fue un sangriento golpe de estado provincial, en febrero de 1934, que unió a toda la oposición, desde conservadores hasta socialistas, bajo el lema “Dios, patria, hogar”.

Al principio, la inusitada unidad de la oposición parecía abrir una nueva etapa en la política local, pero el ala “liberal” de los conservadores pronto abandonó a sus aliados y se apoderó del Estado. Incapaces de revertir las reformas cantonistas por vía legal, se dedicaron a convertir en letra muerta mediante violencia política, el fraude masivo y la corrupción sistemática. Fueron efectivos en saquear al Estado, pero no en establecer un orden político estable: en los diez años entre el golpe y el terremoto, San Juan tendría once administraciones provinciales.

El único intento sostenido de salir de esta crisis de legitimidad vino de la militancia católica. El abogado católico Horacio Videla había advertido en 1934 que el cantonismo era repugnante pero “no nos podemos oponer a una ola de cambio que, al defender al desheredado, será finalmente la salvación de nuestra civilización en bancarota”.<sup>9</sup> En los años inestables que siguieron, el puñado de intelectuales y profesionales que dirigían la Acción Católica local se cansaron de servir de fuerza de choque para la “oligarquía” y, con la ayuda de unos sacerdotes jóvenes imbuidos de las ideas de la renovación católica, se dedicaron a impulsar un proyecto diferente. Para el abogado católico Pablo Ramella, “cantar loas a la democracia y a la voluntad soberana del pueblo y hacer fraudes electorales, es más pernicioso y más irritante que dar un golpe

<sup>9</sup> Horacio Videla, “Proyecto Orgánico de Departamento de Trabajo”, citado por Nancy Weststrate, *The Populist Prism and the End of an Era: Culture, Politics and Economics in San Juan and Mendoza, Argentina, 1890-1930*, tesis doctoral, Duke University, 1993, 334-5.

de Estado suprimiendo toda garantía política”. Temerosos de la vuelta del cantonismo, opuestos a “la ambigüedad moral” del liberalismo y repugnados por la miseria social de la provincia, los católicos impulsaron una reforma corporativista y clerical destinada a reestablecer tanto la justicia como la jerarquía social.<sup>10</sup>

Aunque la pobreza que denunciaban tenía sus raíces en el poder de las bodegas, el proyecto que impulsaron triunfó gracias al apoyo de un grupo clave de bodegueros. Dos familias, Graffigna y Del Bono, eran dueñas de las dos bodegas más importantes, el principal diario, las emisoras de radio, y gran parte de la propiedad urbana. Los líderes de estas familias eran a la vez los más firmes aliados locales de la Iglesia y los máximos referentes del ala antiliberal del conservadurismo local. El objetivo general de la Acción Católica era ganar las clases medias y (en alguna medida) populares para la Iglesia. En áreas centrales del país, como Buenos Aires, Rosario y Córdoba, la renovación católica efectivamente atrajo nuevos grupos a la Iglesia, y eventualmente a la política. Pero en San Juan y otras provincias del interior, su novedad consistió más en las nuevas herramientas que aportó que en los grupos que atrajo. Al reivindicar tanto la justicia como la jerarquía social, la renovación católica ofreció un nuevo papel y un nuevo programa para elites divididas y acorraladas, de modo que no debe sorprender que se haya nutrido de familias influyentes y profesionales destacados. Horacio Videla, figura clave de la militancia católica local, era también presidente del exclusivo Club Social, y esta tendencia elitista se acentuó aún más con la llegada en 1940 de un nuevo arzobispo, Audino Rodríguez y Olmos.<sup>11</sup> Podemos encontrar una muestra casual de la extracción social del grupo en la dramatización de Belén que patrocinó para la navidad de 1945 en el principal teatro de la ciudad. Todos los niños del reparto, sin excep-

<sup>10</sup> Pablo Ramella, *Reformas a la constitución de San Juan*, San Juan, edición del autor, 1943, 18.

<sup>11</sup> Para la enorme frustración de los bodegueros, su antecesor había tolerado a los hermanos Cantoni, que eran ateos declarados, favorecido el programa social del cantonismo, y hasta permitido que un cura se postulara a diputado en la lista cantonista. Véase Luis Garcés, *La escuela cantonista: Educación, sociedad y Estado en el San Juan de los años 20*, San Juan, Editorial Fundación Universitaria de San Juan, 1992.

ción, eran hijos de bodegueros y profesionales prominentes en el conservadurismo católico.<sup>12</sup>

A pesar de sus llamadas a la virtud, los conservadores católicos sólo pudieron llegar al poder en 1942 mediante elecciones marcadas por asesinatos, intimidaciones, manipulaciones del padrón y violaciones de las urnas. Anunciaron una contrarreforma ambiciosa, con propuestas para industrializar la provincia, subir los sueldos, mejorar la educación y construir viviendas para obreros. En esta provincia desarticulada y dividida, insistió el intelectual católico Ramella, “el Estado es algo que actúa y coordina, o no es nada”.<sup>13</sup> Contrataron a los prestigiosos urbanistas Benito Carrasco y Angel Guido para trazar un plan regulador para la ciudad. Los urbanistas propusieron construir un nuevo centro cívico para la ciudad, con avenidas anchas y edificios de gobierno imponentes, además de terminar los proyectos anteriores de pavimentar las calles y construir una red de cloacas. Esta variante paternalista de justicia social apuntaba a desarraigar al cantonismo para reafirmar la autoridad de las élites dentro de un orden social “más cristiano”. Pero chocó con fuertes resistencias de muchos bodegueros y propietarios, reacios a las experimentaciones necesarias para la reforma urbana y a los derechos que podrían surgir de la reforma social. Los católicos lograron poner en marcha la construcción de viviendas y algunas otras medidas pero apenas duraron dieciocho meses en el poder, hasta que el golpe de junio de 1943 intervino todas las administraciones provinciales.

No cabía duda que el nuevo gobierno nacional había nacido bajo el signo de la espada y la cruz, pero tenía fuertes divisiones internas. Así, el primer interventor en San Juan fue un oficial naval de simpatías liberales que rápidamente enterró las reformas católicas locales. Duró seis meses, hasta que los sectores nacionalistas triunfaron dentro del gobierno nacional y lo reemplazaron con un civil de tendencia fascista. El último día del año, el gobierno militar decretó la disolución de los partidos políticos, la censura de los medios de comunicación y la revocación de

<sup>12</sup> “La Acción Católica representará el día 25 de diciembre el Belén Dramatizado en el Estomell”, *Democracia*, 22 de diciembre de 1945.

<sup>13</sup> Pablo Ramella, *Reformas a la constitución de San Juan*, San Juan, edición del autor, 1943, 48.

décadas de educación laica, con la implantación de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas. Al golpear contra las instituciones medulares de la sociedad civil, estas acciones representaron una divisoria de aguas entre un pasado laico y liberal y un futuro católico y nacionalista.

#### EL QUIEBRE

Fue precisamente en este momento de altas tensiones políticas que el terremoto tiró abajo a la ciudad y también a sus certezas. Ocurrió poco antes del anochecer y dejó la ciudad enterrada sin luz, conectada al mundo de afuera por una sola línea telefónica. Como los temblores volvieron una y otra vez esa noche, ni las estructuras aún en pie estaban a salvo. El aire estaba cargado de polvo y también, hacia la madrugada, de una lluvia que empapó toda la ciudad, dejada a la intemperie. Las calles estaban cubiertas de escombros y cuerpos, las instituciones del Estado prácticamente ausentes, y la plaza principal de la ciudad llena de heridos y muertos. En un rincón de la plaza, un grupo de cincuenta mujeres rezaba el padrenuestro a viva voz. A la luz de una linterna o de un par de coches estacionados, unos pocos médicos y sacerdotes intentaron dar ayuda y consuelo a los miles de víctimas. Pero la desmesura de la tragedia sobrepasó su capacidad de intervención.<sup>14</sup>

Fue recién al día siguiente que la ayuda empezó a llegar con el arribo de tropas de las provincias vecinas y médicos y enfermeras de todo el país. Se encontraron con un mundo devastado: miles de heridos y muertos todavía estaban debajo de los escombros, y miles más estaban expuestos en un hospital y una morgue al aire libre. Hubo tres días de operaciones de urgencia y centenares de amputaciones, además de la evacuación masiva de los heridos hacia Mendoza, donde abrirían el nuevo hospital que estaba a punto de ser inaugurado. La ayuda médica fue coordinada por funcionarios nacionales y marcó el comienzo de la actuación del gobierno militar, que mandó soldados, recursos y funcionarios para reestablecer algún orden. Trajeron carpas, víveres y mate-

<sup>14</sup> Francisco Company, “El problema religioso en la ciudad destruida”, *Boletín oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, vol. XXVIII, núm. 3, marzo de 1944, 62-68.

ción, eran hijos de bodegueros y profesionales prominentes en el conservadurismo católico.<sup>12</sup>

A pesar de sus llamadas a la virtud, los conservadores católicos sólo pudieron llegar al poder en 1942 mediante elecciones marcadas por asesinatos, intimidaciones, manipulaciones del padrón y violaciones de las urnas. Anunciaron una contrarreforma ambiciosa, con propuestas para industrializar la provincia, subir los sueldos, mejorar la educación y construir viviendas para obreros. En esta provincia desarticulada y dividida, insistió el intelectual católico Ramella, “el Estado es algo que actúa y coordina, o no es nada”.<sup>13</sup> Contrataron a los prestigiosos urbanistas Benito Carrasco y Angel Guido para trazar un plan regulador para la ciudad. Los urbanistas propusieron construir un nuevo centro cívico para la ciudad, con avenidas anchas y edificios de gobierno imponentes, además de terminar los proyectos anteriores de pavimentar las calles y construir una red de cloacas. Esta variante paternalista de justicia social apuntaba a desarraigar al cantonismo para reafirmar la autoridad de las elites dentro de un orden social “más cristiano”. Pero chocó con fuertes resistencias de muchos bodegueros y propietarios, reacios a las experimentaciones necesarias para la reforma urbana y a los derechos que podrían surgir de la reforma social. Los católicos lograron poner en marcha la construcción de viviendas y algunas otras medidas pero apenas duraron dieciocho meses en el poder, hasta que el golpe de junio de 1943 intervino todas las administraciones provinciales.

No cabía duda que el nuevo gobierno nacional había nacido bajo el signo de la espada y la cruz, pero tenía fuertes divisiones internas. Así, el primer interventor en San Juan fue un oficial naval de simpatías liberales que rápidamente enterró las reformas católicas locales. Duró seis meses, hasta que los sectores nacionalistas triunfaron dentro del gobierno nacional y lo reemplazaron con un civil de tendencia fascista. El último día del año, el gobierno militar decretó la disolución de los partidos políticos, la censura de los medios de comunicación y la revocación de

<sup>12</sup> “La Acción Católica representará el día 25 de diciembre el Belén Dramatizado en el Estomell”, *Democracia*, 22 de diciembre de 1945.

<sup>13</sup> Pablo Ramella, *Reformas a la constitución de San Juan*, San Juan, edición del autor, 1943, 48.

décadas de educación laica, con la implantación de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas. Al golpear contra las instituciones medulares de la sociedad civil, estas acciones representaron una divisoria de aguas entre un pasado laico y liberal y un futuro católico y nacionalista.

#### EL QUIEBRE

Fue precisamente en este momento de altas tensiones políticas que el terremoto tiró abajo a la ciudad y también a sus certezas. Ocurrió poco antes del anochecer y dejó la ciudad enterrada sin luz, conectada al mundo de afuera por una sola línea telefónica. Como los temblores volvieron una y otra vez esa noche, ni las estructuras aún en pie estaban a salvo. El aire estaba cargado de polvo y también, hacia la madrugada, de una lluvia que empapó toda la ciudad, dejada a la intemperie. Las calles estaban cubiertas de escombros y cuerpos, las instituciones del Estado prácticamente ausentes, y la plaza principal de la ciudad llena de heridos y muertos. En un rincón de la plaza, un grupo de cincuenta mujeres rezaba el padrenuestro a viva voz. A la luz de una linterna o de un par de coches estacionados, unos pocos médicos y sacerdotes intentaron dar ayuda y consuelo a los miles de víctimas. Pero la desmesura de la tragedia sobrepasó su capacidad de intervención.<sup>14</sup>

Fue recién al día siguiente que la ayuda empezó a llegar con el arribo de tropas de las provincias vecinas y médicos y enfermeras de todo el país. Se encontraron con un mundo devastado: miles de heridos y muertos todavía estaban debajo de los escombros, y miles más estaban expuestos en un hospital y una morgue al aire libre. Hubo tres días de operaciones de urgencia y centenares de amputaciones, además de la evacuación masiva de los heridos hacia Mendoza, donde abrirían el nuevo hospital que estaba a punto de ser inaugurado. La ayuda médica fue coordinada por funcionarios nacionales y marcó el comienzo de la actuación del gobierno militar, que mandó soldados, recursos y funcionarios para reestablecer algún orden. Trajeron carpas, víveres y mate-

<sup>14</sup> Francisco Company, “El problema religioso en la ciudad destruida”, *Boletín oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, vol. XXVIII, núm. 3, marzo de 1944, 62-68.

rial, y requisaron la comida de las tiendas locales, pero ésta apenas era suficiente para una fracción de los sobrevivientes.

En este momento de crisis, gran parte de la elite provincial no se veía por ningún lado. Para muchos, esto se debía entender en clave moral. Tres días después del sismo un voluntario encontró un zapato entre los escombros, se puso a cavar, y sacó una sobreviviente. Era la hija de un ferratiente que la había dado por muerta. Según el voluntario, “muchos médicos, casi todos los médicos en San Juan, se habían picado para Buenos Aires, como si no tuvieran nada que hacer aquí”. El la llevó a uno de los pocos médicos que permanecieron en la ciudad, “el doctor Federico Cantoni”.<sup>15</sup>

La destrucción trajo a la luz la ciudad invisible de los pobres. Pocos días después, un influyente periodista local apuntó en su diario personal:

La gente deambula, desorientada, como perros que han perdido el amo. ¿Pero es que en esta ciudad no habrá más que gente humilde? Es que la gente rica [...] se ha refugiado en sus fincas o las fincas de los amigos. Y las que no han podido hacerlo parecen humildes. El terremoto los ha vuelto humildes a todos.<sup>16</sup>

Abrumado por la situación, el gobierno decidió evacuar a los sobrevivientes también, en un éxodo por tren a Mendoza o a cualquier otro punto del país. Hubo rumores de que la ciudad sería abandonada para siempre, de que un bombardeo aéreo terminaría el trabajo de la naturaleza, y en todo caso la evacuación fue un golpe más contra el mundo social de los sanjuaninos. Otro golpe, aún más duro, fue la decisión de los militares de incinerar a los cuerpos de los muertos para prevenir la propagación de infecciones. Se tomaron pocas medidas para identificar a los muertos, y no se compiló nunca una lista de víctimas. Se arrojaron los cuerpos a una enorme fosa común, se les roció con kerosén, y se les prendió fuego. Para muchos sobrevivientes, éste fue un acto de profunda violencia simbólica.

<sup>15</sup> Juan Carlos Battaller, comp., *Y aquí nos quedamos*, San Juan, Editores del Oeste, 1993, 15.

<sup>16</sup> Estos fragmentos de su diario personal fueron publicados meses más tarde en su columna diaria: Emiliano Lee, “Tren de evacuados,” *Tribuna*, 28 de agosto de 1944.



San Juan, enero 1944, calle, Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Argentina.

Muchos vieron al terremoto como un juicio radical a un orden político fundado en la exclusión y la violencia. Los rumores populares en la ciudad devastada contaban de médicos en fuga y oligarcas sin piedad. Las voces autorizadas del gobierno militar y la prensa nacional enfatizaron la falta de previsión, de solidaridad y de responsabilidad de parte de elites corruptas. “La destrucción fue enormemente desproporcionada con respecto a la intensidad del sismo”, ratificó un profesor de geología, lo cual “se debió, ante todo, a la pésima calidad de construcción” y a la falta absoluta de previsión.<sup>17</sup> Apenas dos años antes, los autores del plan regulador para la ciudad habían juzgado al “problema sísmico” como “no crucial para San Juan en este momento”.<sup>18</sup> Al mirar las ruinas del edificio municipal, terminado en 1941, un periodista local observó que las muertes no se deben tanto al terremoto sino “a la mala y

<sup>17</sup> Horacio Harrington, *Volcanes y terremotos*, Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1944, 223-4.

<sup>18</sup> Benito Carrasco y Ángel Guido, *Plan Regulador de San Juan*, San Juan, Gobierno de San Juan, 1942, 43.

rial, y requisaron la comida de las tiendas locales, pero ésta apenas era suficiente para una fracción de los sobrevivientes.

En este momento de crisis, gran parte de la elite provincial no se veía por ningún lado. Para muchos, esto se debía entender en clave moral. Tres días después del sismo un voluntario encontró un zapato entre los escombros, se puso a cavar, y sacó una sobreviviente. Era la hija de un terrateniente que la había dado por muerta. Según el voluntario, “muchos médicos, casi todos los médicos en San Juan, se habían picado para Buenos Aires, como si no tuvieran nada que hacer aquí”. El la llevó a uno de los pocos médicos que permanecieron en la ciudad, “el doctor Federico Cantoni”.<sup>15</sup>

La destrucción trajo a la luz la ciudad invisible de los pobres. Pocos días después, un influyente periodista local apuntó en su diario personal:

La gente deambula, desorientada, como perros que han perdido el amo. ¿Pero es que en esta ciudad no habrá más que gente humilde? Es que la gente rica [...] se ha refugiado en sus fincas o las fincas de los amigos. Y las que no han podido hacerlo parecen humildes. El terremoto los ha vuelto humildes a todos.<sup>16</sup>

Abrumado por la situación, el gobierno decidió evacuar a los sobrevivientes también, en un éxodo por tren a Mendoza o a cualquier otro punto del país. Hubo rumores de que la ciudad sería abandonada para siempre, de que un bombardeo aéreo terminaría el trabajo de la naturaleza, y en todo caso la evacuación fue un golpe más contra el mundo social de los sanjuaninos. Otro golpe, aún más duro, fue la decisión de los militares de incinerar a los cuerpos de los muertos para prevenir la propagación de infecciones. Se tomaron pocas medidas para identificar a los muertos, y no se compiló nunca una lista de víctimas. Se arrojaron los cuerpos a una enorme fosa común, se les roció con kerosén, y se les prendió fuego. Para muchos sobrevivientes, éste fue un acto de profunda violencia simbólica.

<sup>15</sup> Juan Carlos Battaller, comp., *Y aquí nos quedamos*, San Juan, Editores del Oeste, 1993, 15.

<sup>16</sup> Estos fragmentos de su diario personal fueron publicados meses más tarde en su columna diaria: Emiliano Lee, “Tren de evacuados,” *Tribuna*, 28 de agosto de 1944.



San Juan, enero 1944, calle, Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Argentina.

Muchos vieron al terremoto como un juicio radical a un orden político fundado en la exclusión y la violencia. Los rumores populares en la ciudad devastada contaban de médicos en fuga y oligarcas sin piedad. Las voces autorizadas del gobierno militar y la prensa nacional enfatizaron la falta de previsión, de solidaridad y de responsabilidad de parte de elites corruptas. “La destrucción fue enormemente desproporcionada con respecto a la intensidad del sismo”, ratificó un profesor de geología, lo cual “se debió, ante todo, a la pésima calidad de construcción” y a la falta absoluta de previsión.<sup>17</sup> Apenas dos años antes, los autores del plan regulador para la ciudad habían juzgado al “problema sísmico” como “no crucial para San Juan en este momento”.<sup>18</sup> Al mirar las ruinas del edificio municipal, terminado en 1941, un periodista local observó que las muertes no se deben tanto al terremoto sino “a la mala y

<sup>17</sup> Horacio Harrington, *Volcanes y terremotos*, Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1944, 223-4.

<sup>18</sup> Benito Carrasco y Ángel Guido, *Plan Regulador de San Juan*, San Juan, Gobierno de San Juan, 1942, 43.



San Juan, enero 1944, Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Argentina.

pésima construcción de los que se han dado en llamar edificios, cuando el calificativo más exacto que debería aplicarse es el de *sepulcros blanqueados*.<sup>19</sup> Para este periodista, la falta de garantías y el uso de materiales inadecuados en este edificio eran emblemáticos de la debilidad de las instituciones locales. Y esa misma debilidad se había puesto en evidencia con la ausencia de las elites en el momento de la crisis.

Desde el día posterior al terremoto, San Juan pasó a ser la principal noticia de toda la prensa del país. Aprovechando la oportunidad para reforzar su autoridad y demostrar su compromiso social, las autoridades militares decretaron un día de duelo nacional y mandaron ayuda masiva. En los días subsiguientes, las misas para las víctimas y la colecta para los sobrevivientes fueron el eje de las transmisiones de radio y las noticias de los diarios. Tanto las misas como la colecta registraron el dolor y la solidaridad del momento, y ambas también sirvieron para reafirmar la importancia del liderazgo militar en superar la tragedia.

El momento clave de la visita del presidente Ramírez, según su portavoz, ocurrió durante la misa frente a las ruinas de la catedral, cuando

<sup>19</sup> Énfasis en el original. "Meditando", *El Corsor*, 25 de enero de 1945.

"el presidente, cristianamente, hincó su rodilla en tierra y en toda la plaza la multitud, imitándolo, se allanó en un mar de cabezas bajas y humildes".<sup>20</sup> Poco después, Ramírez habló a la nación desde una plaza de la ciudad destruida. Para él, esta tragedia tenía un significado claro: "debemos interpretarla como una prueba del cielo a quienes son sus hijos preferidos". La reacción del pueblo a la tragedia había confirmado para Ramírez "el temple varonil de nuestra raza", y también había "probado en forma terminante" que ese pueblo "no se halla disminuido en sus virtudes por el sólo hecho de vivir en la paz".<sup>21</sup>

Para este militar, sólo la guerra era una foija segura de unidad y virtud. Mediante el arrepentimiento, sin embargo, esta tragedia también podría serlo. "Hemos de aceptar esta prueba que el Todopoderoso nos envía", sostuvo Ramírez, "como reparación de pasados errores". Advertido por el castigo, el país debía renunciar al liberalismo y volver al sendero católico.<sup>22</sup>

Otros voceros eclesiásticos y estatales también presentaron a la tragedia como un sacrificio expiatorio. La provincia había sido "purificada en el dolor", según una carta pastoral del arzobispo local.<sup>23</sup> El interventor provincial consideró que "el pueblo de San Juan expiaba por sí los vicios propios y del país entero".<sup>24</sup> El diario de Buenos Aires más cercano a los altos mandos de la Iglesia recordó que en 1938 un "santo varón de la iglesia" había profetizado que dentro de cinco años "vendría aquí la revolución comunista como en España", dejando a Buenos Aires en llamas y todas sus iglesias menos dos en ruinas. "San Juan ha debido soportar sobre sus espaldas la carga de una víctima expiatoria", afirmó el editorialista, pero "Dios en sus sublimes indulgencias habrá conmutado al país".<sup>25</sup>

<sup>20</sup> Leopoldo Lugones (hijo), *El Presidente en San Juan*, Buenos Aires, Subsecretaría de Informaciones, 1944, s/n.

<sup>21</sup> "Discurso del Presidente", *La Voz del Interior*, 19 de enero de 1944.

<sup>22</sup> "Discurso del Presidente", *La Voz del Interior*, 19 de enero de 1944.

<sup>23</sup> "Pastoral del Arzobispo de Cuyo", *La Nación*, 10 de febrero de 1944.

<sup>24</sup> "El Interventor Federal en San Juan dirigió ayer un manifiesto al pueblo", *La Voz del Interior*, 21 de enero de 1944.

<sup>25</sup> Roberto Barberis, "Víctima expiatoria, pero conmutada", *El Pueblo*, 27 de enero de 1944.



San Juan, enero 1944, Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Argentina.

pésima construcción de los que se han dado en llamar edificios, cuando el calificativo más exacto que debería aplicarse es el de *sepueltos blanqueados*.<sup>19</sup> Para este periodista, la falta de garantías y el uso de materiales inadecuados en este edificio eran emblemáticos de la debilidad de las instituciones locales. Y esa misma debilidad se había puesto en evidencia con la ausencia de las elites en el momento de la crisis.

Desde el día posterior al terremoto, San Juan pasó a ser la principal noticia de toda la prensa del país. Aprovechando la oportunidad para reforzar su autoridad y demostrar su compromiso social, las autoridades militares decretaron un día de duelo nacional y mandaron ayuda masiva. En los días subsiguientes, las misas para las víctimas y la colecta para los sobrevivientes fueron el eje de las transmisiones de radio y las noticias de los diarios. Tanto las misas como la colecta registraron el dolor y la solidaridad del momento, y ambas también sirvieron para reafirmar la importancia del liderazgo militar en superar la tragedia.

El momento clave de la visita del presidente Ramírez, según su portavoz, ocurrió durante la misa frente a las ruinas de la catedral, cuando

“el presidente, cristianamente, hincó su rodilla en tierra y en toda la plaza la multitud, imitándolo, se allanó en un mar de cabezas bajas y humildes”.<sup>20</sup> Poco después, Ramírez habló a la nación desde una plaza de la ciudad destruida. Para él, esta tragedia tenía un significado claro: “debemos interpretarla como una prueba del cielo a quienes son sus hijos preferidos”. La reacción del pueblo a la tragedia había confirmado para Ramírez “el temple varonil de nuestra raza”, y también había “probado en forma terminante” que ese pueblo “no se halla disminuido en sus virtudes por el sólo hecho de vivir en la paz”.<sup>21</sup>

Para este militar, sólo la guerra era una foija segura de unidad y virtud. Mediante el arrepentimiento, sin embargo, esta tragedia también podría serlo. “Hemos de aceptar esta prueba que el Todopoderoso nos envía”, sostuvo Ramírez, “como reparación de pasados errores”. Advertido por el castigo, el país debía renunciar al liberalismo y volver al sendero católico.<sup>22</sup>

Otros voceros eclesásticos y estatales también presentaron a la tragedia como un sacrificio expiatorio. La provincia había sido “purificada en el dolor”, según una carta pastoral del arzobispo local.<sup>23</sup> El interventor provincial consideró que “el pueblo de San Juan expiaba por si los vicios propios y del país entero”.<sup>24</sup> El diario de Buenos Aires más cercano a los altos mandos de la Iglesia recordó que en 1938 un “santo varón de la iglesia” había profetizado que dentro de cinco años “vendría aquí la revolución comunista como en España”, dejando a Buenos Aires en llamas y todas sus iglesias menos dos en ruinas. “San Juan ha debido soportar sobre sus espaldas la carga de una víctima expiatoria”, afirmó el editorialista, pero “Dios en sus sublimes indulgencias habrá conmutado al país”.<sup>25</sup>

<sup>19</sup> Leopoldo Lugones (hijo), *El Presidente en San Juan*, Buenos Aires, Subsecretaría de Informaciones, 1944, s./n.

<sup>20</sup> “Discurso del Presidente”, *La Voz del Interior*, 19 de enero de 1944.

<sup>21</sup> “Discurso del Presidente”, *La Voz del Interior*, 19 de enero de 1944.

<sup>22</sup> “Pastoral del Arzobispo de Cuyo”, *La Nación*, 10 de febrero de 1944.

<sup>23</sup> “El Interventor Federal en San Juan dirigió ayer un manifiesto al pueblo”, *La Voz del Interior*, 21 de enero de 1944.

<sup>24</sup> Roberto Barberis, “Víctima expiatoria, pero conmutada”, *El Pueblo*, 27 de enero de 1944.

<sup>19</sup> Énfasis en el original. “Meditando”, *El Corsor*, 25 de enero de 1945.

El discurso de Ramírez desde San Juan se transmitió a la nación entera, en medio de un día de luto oficial con horas de música sacra. Una semana más tarde, el 25 de enero, la misa para las víctimas en Buenos Aires también fue transmitida en cadena por radio. Aunque el *Te deum* en la catedral formaba parte de los rituales políticos tradicionales, esto fue distinto. Fue la mayor misa en Buenos Aires en una década, con “la Plaza del Congreso convertida en Basílica Mayor de la Patria”. Para el diario de la Iglesia, fue un signo de que Dios “ha devuelto a nuestra Argentina su más preciada grandeza: la de su alma católica”.<sup>26</sup>

Oficiada por monseñor Andrés Calcagno, vicario general del ejército, la ceremonia justificó y glorificó la devolución del “alma católica” por manos militares. Desde el altar improvisado, monseñor Calcagno proclamó: “Aquí está toda la República: las autoridades militares y civiles, la Iglesia argentina con su Pastor, el senado del clero y el pueblo, todos aunados en un solo sentimiento de fe, de dolor y de sano patriotismo”. Atrás de él estaba el Congreso Nacional, clausurado por las autoridades militares, hecho que él no lamentó en absoluto.<sup>27</sup>

“La Argentina se encontró a sí misma en la solidaridad del dolor”, afirmó. Este momento de acción, mientras los “heroicos soldados” despejaban los escombros, también era momento de reflexión. “En todos los templos de la República” él imaginó como “el pueblo argentino de rodillas [...] golpeándose el pecho, en un acto de contrición por sus pasados extravíos, levanta el corazón en la plegaria dolorida”. De esta dedicación surgiría algo nuevo, afirmó: “la Patria, que se levanta de las ruinas, redimida de sus flaquezas”.<sup>28</sup>

Aunque el vicario general fue menos agresivo en sus imágenes, claramente compartía con el presidente Ramírez la convicción de que el terremoto fue un castigo ejemplar. Pero si monseñor Calcagno sólo ex-

<sup>26</sup> “La Plaza del Congreso convertida en Basílica Mayor de la Patria”, *El Pueblo*, 26 de enero de 1944. Varios testigos observaron, sin embargo, que a diferencia del Congreso Eucarístico de 1934, gran parte de la concurrencia consistió de empleados públicos obligados a asistir, según varios observadores. Ray Josephs, *Argentine Diary: The Inside Story of the Coming of Fascism*, New York, Random House, 1944, 343.

<sup>27</sup> Andrés Calcagno, “Discurso del vicario general del ejército”, *Boletín oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, vol. XVIII, núm. 3, marzo de 1944, 79-82.

<sup>28</sup> *Ibidem*.

presó que la patria estaría “redimida de sus flaquezas”, Ramírez tuvo más confianza. Al volver de San Juan, confirmó que la ciudad estaba absolutamente destruida, y que el gobierno nacional estaba dispuesto a invertir lo necesario para hacer lo “patrióticamente necesario” y “levantar lo caído”. Señaló que esta tarea sería el comienzo de una nueva época, pues “la terrible catástrofe nos ha demostrado la fortaleza del pueblo sanjuanino que ha subsistido pese a los años de política electoralista, venal y corruptora. He encontrado a un pueblo unido, totalmente unido, sin divisiones políticas, olvidado de sus caudillos y con la fe puesta en Dios, en la Patria y en el gobierno nacional”.<sup>29</sup>

La unidad que Ramírez proclamaba era real, pero no resultó ni tan estable ni tan sumisa como él se imaginaba. En realidad, Ramírez ya había perdido la iniciativa en su respuesta al desastre, y pronto perdería la presidencia también. Quien ganó la iniciativa fue el secretario de Trabajo y Previsión, coronel Juan Domingo Perón, al lanzar una colecta popular para las víctimas el 16 de enero. Hablando por la radio todos los días, el joven coronel logró canalizar el sentimiento de solidaridad y las ansias de un cambio en una gran campaña de movilización. Mientras Ramírez afirmaba toscamente su autoridad con un discurso de culpa y resignación, Perón ganaba un apoyo más amplio articulando la comparación con una insistencia en la participación popular, los derechos sociales y la transformación política. La campaña fue un éxito resonante, juntó más de 40 millones de pesos para las víctimas y llevó al coronel al centro del escenario político. Por su parte, una crisis internacional obligó a Ramírez a romper relaciones diplomáticas con Alemania. Mantener la neutralidad había sido un objetivo central del gobierno militar y el fracaso de Ramírez motivó su desplazamiento del poder pocas semanas después. El nuevo presidente sería el general Farrell, y el gran ganador del recambio político sería Perón.<sup>30</sup>

<sup>29</sup> “No se reparará en gastos para la reconstrucción de San Juan”, *La Voz del Interior*, 21 de enero de 1944.

<sup>30</sup> Sobre la colecta, véase Mark Healey, “The Fragility of the Moment: Politics and Class in the Aftermath of the 1944 Argentine Earthquake”, *International Labor and Working-Class History* 62, otoño de 2002, 50-9. Resultó imposible mantener la neutralidad después de que la inteligencia británica descubrió un intento del gobierno militar de com-

El discurso de Ramírez desde San Juan se transmitió a la nación entera, en medio de un día de luto oficial con horas de música sacra. Una semana más tarde, el 25 de enero, la misa para las víctimas en Buenos Aires también fue transmitida en cadena por radio. Aunque el *Te deum* en la catedral formaba parte de los rituales políticos tradicionales, esto fue distinto. Fue la mayor misa en Buenos Aires en una década, con “la Plaza del Congreso convertida en Basílica Mayor de la Patria”. Para el diario de la Iglesia, fue un signo de que Dios “ha devuelto a nuestra Argentina su más preciada grandeza: la de su alma católica”.<sup>26</sup>

Oficiada por monseñor Andrés Calcagno, vicario general del ejército, la ceremonia justificó y glorificó la devolución del “alma católica” por manos militares. Desde el altar improvisado, monseñor Calcagno proclamó: “Aquí está toda la República: las autoridades militares y civiles, la Iglesia argentina con su Pastor, el senado del clero y el pueblo, todos aunados en un solo sentimiento de fe, de dolor y de sano patriotismo”. Atrás de él estaba el Congreso Nacional, clausurado por las autoridades militares, hecho que él no lamentó en absoluto.<sup>27</sup>

“La Argentina se encontró a sí misma en la solidaridad del dolor”, afirmó. Este momento de acción, mientras los “heroicos soldados” despejaban los escombros, también era momento de reflexión. “En todos los templos de la República” él imaginó como “el pueblo argentino de rodillas [...] golpeándose el pecho, en un acto de contrición por sus pasados extravíos, levanta el corazón en la plegaria dolorida”. De esta dedicación surgiría algo nuevo, afirmó: “la Patria, que se levanta de las ruinas, redimida de sus flaquezas”.<sup>28</sup>

Aunque el vicario general fue menos agresivo en sus imágenes, claramente compartía con el presidente Ramírez la convicción de que el terremoto fue un castigo ejemplar. Pero si monseñor Calcagno sólo ex-

<sup>26</sup> “La Plaza del Congreso convertida en Basílica Mayor de la Patria”, *El Pueblo*, 26 de enero de 1944. Varios testigos observaron, sin embargo, que a diferencia del Congreso Eucarístico de 1934, gran parte de la concurrencia consistió de empleados públicos obligados a asistir, según varios observadores. Ray Josephs, *Argentine Diary: The Inside Story of the Coming of Fascism*, New York, Random House, 1944, 343.

<sup>27</sup> Andrés Calcagno, “Discurso del vicario general del ejército”, *Boletín oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, vol. XVIII, núm. 3, marzo de 1944, 79-82.

<sup>28</sup> *Ibidem*.

presó que la patria estaría “redimida de sus flaquezas”, Ramírez tuvo más confianza. Al volver de San Juan, confirmó que la ciudad estaba absolutamente destruida, y que el gobierno nacional estaba dispuesto a invertir lo necesario para hacer lo “patrióticamente necesario” y “levantar lo caído”. Señaló que esta tarea sería el comienzo de una nueva época, pues “la terrible catástrofe nos ha demostrado la fortaleza del pueblo sanjuanino que ha subsistido pese a los años de política electoralista, venal y corruptora. He encontrado a un pueblo unido, totalmente unido, sin divisiones políticas, olvidado de sus caudillos y con la fe puesta en Dios, en la Patria y en el gobierno nacional”.<sup>29</sup>

La unidad que Ramírez proclamaba era real, pero no resultó ni tan estable ni tan sumisa como él se imaginaba. En realidad, Ramírez ya había perdido la iniciativa en su respuesta al desastre, y pronto perdería la presidencia también. Quien ganó la iniciativa fue el secretario de Trabajo y Previsión, coronel Juan Domingo Perón, al lanzar una colecta popular para las víctimas el 16 de enero. Hablando por la radio todos los días, el joven coronel logró canalizar el sentimiento de solidaridad y las ansias de un cambio en una gran campaña de movilización. Mientras Ramírez afirmaba toscamente su autoridad con un discurso de culpa y resignación, Perón ganaba un apoyo más amplio articulando la comparación con una insistencia en la participación popular, los derechos sociales y la transformación política. La campaña fue un éxito resonante, juntó más de 40 millones de pesos para las víctimas y llevó al coronel al centro del escenario político. Por su parte, una crisis internacional obligó a Ramírez a romper relaciones diplomáticas con Alemania. Mantener la neutralidad había sido un objetivo central del gobierno militar y el fracaso de Ramírez motivó su desplazamiento del poder pocas semanas después. El nuevo presidente sería el general Farrell, y el gran ganador del recambio político sería Perón.<sup>30</sup>

<sup>29</sup> “No se reparará en gastos para la reconstrucción de San Juan”, *La Voz del Interior*, 21 de enero de 1944.

<sup>30</sup> Sobre la colecta, véase Mark Healey, “The Fragility of the Moment: Politics and Class in the Aftermath of the 1944 Argentine Earthquake”, *International Labor and Working-Class History* 62, otoño de 2002, 50-9. Resultó imposible mantener la neutralidad después de que la inteligencia británica describió un intento del gobierno militar de com-

## INTENTOS DE REFUNDACIÓN

Más allá de la retórica, levantar lo caído no era nada fácil. Pasado el primer momento de crisis, con los muertos enterrados y los heridos tratados o internados en la provincia vecina, quedaba todavía una ciudad vacía e inhabitable. Estaba en frente el simple pero enorme desafío material de reconstruir en meses (o aún en años) un tejido urbano edificado durante décadas. Y antes de hacerlo, había que contestar una pregunta más urgente: ¿cómo y dónde reconstruir las casas? Nadie podía ignorar los defectos por demás evidentes de las técnicas de construcción anteriores. El titular de un diario poco después del terremoto captó la combinación de urgencia y desconcierto que marcaría la vida local por más de una década: “A breve plazo se iniciará la reconstrucción: ignórase aún si la ciudad se levantará en el mismo lugar”.<sup>31</sup>

Además de reconstruir lo físico, había que reconstruir lo social. El desastre parecía ofrecer una oportunidad única para construir el “nuevo orden cristiano” proclamado por la Iglesia y el Estado. Pero por mucho prestigio y autoridad que el gobierno militar tuviese ahora, construir ese nuevo orden implicaba necesariamente lidiar con un estado provincial absolutamente cuestionado. Por otra parte, la Iglesia podría ser la institución vertebral del nuevo orden que se pretendía construir, pero en la provincia estaba diezmada. Casi todas las instalaciones de la Iglesia había sido destruidas: la catedral, las doce iglesias parroquiales, las dos residencias de religiosos, y ocho de los nueve colegios católicos. Miles de sus fieles se habían ido: muertos, heridos o desparramados por el país. A muchos de los muertos, tal vez la mayoría, se les había negado cristiana sepultura, y se desconocía donde estaban enterrados siquiera. En esta situación, la Iglesia enfrentaba enormes dificultades para cum-

---

plir amas de Alemania. El embajador británico dio un ultimátum a Ramírez el 14 de enero, el día antes del terremoto. El día que Ramírez fue a San Juan, el gobierno empezó a detener algunos espías alemanes como respuesta al “descubrimiento” de actividades del Eje en el país. La ruptura fue anunciada la madrugada después de la misa por las vómitas en la Plaza del Congreso.

<sup>31</sup> “A breve plazo se iniciará la reconstrucción: ignórase aún si la ciudad se levantará en el mismo lugar”. *La Voz del Interior*, 20 enero 1944.

7 4



Recuperación, Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Argentina.

plir con sus funciones más esenciales, mucho menos expandirlas con la ambición propia del momento político.

Dos instituciones del Estado tomarían un papel central en la reconstrucción: el Ministerio de Obras Públicas de la Nación quedó a cargo de la reconstrucción física, mientras que la Intervención Federal de la administración provincial quedó a cargo de la reconstrucción social. El general Juan Pistarini era ministro de Obras Públicas, y el coronel Humberto Sosa Molina fue nombrado interventor. Ambos eran veteranos del golpe del treinta, nacionalistas convencidos, aliados de Perón, y especialmente cercanos a la Iglesia. Ambos defendían las consignas del integrismo católico, pero el intento de llevar esas consignas a la práctica los pondría en conflicto directo.

El general Pistarini llegó al Ministerio de Obras Públicas a principios de 1944 con la idea de aprovechar esta institución estratégica del Estado liberal para implementar el programa integrista católico. Figura clave en la evangelización del ejército, Pistarini nombró un intelectual católico de primera línea como asesor, y lanzó una serie de medidas caldadas del ideario reformista católico: centralizó el control del ministerio, subió salarios, estableció vacaciones pagadas y anunció un amplio pro-

7 5

## INTENTOS DE REFUNDACIÓN

Más allá de la retórica, levantar lo caído no era nada fácil. Pasado el primer momento de crisis, con los muertos enterrados y los heridos tratados o internados en la provincia vecina, quedaba todavía una ciudad vacía e inhabitable. Estaba en frente el simple pero enorme desafío material de reconstruir en meses (o aún en años) un tejido urbano edificado durante décadas. Y antes de hacerlo, había que contestar una pregunta más urgente: ¿cómo y dónde reconstruir las casas? Nadie podía ignorar los defectos por demás evidentes de las técnicas de construcción anteriores. El titular de un diario poco después del terremoto captó la combinación de urgencia y desconcierto que marcaría la vida local por más de una década: “A breve plazo se iniciará la reconstrucción: ignórase aún si la ciudad se levantará en el mismo lugar”.<sup>31</sup>

Además de reconstruir lo físico, había que reconstruir lo social. El desastre parecía ofrecer una oportunidad única para construir el “nuevo orden cristiano” proclamado por la Iglesia y el Estado. Pero por mucho prestigio y autoridad que el gobierno militar tuviese ahora, construir ese nuevo orden implicaba necesariamente lidiar con un estado provincial absolutamente cuestionado. Por otra parte, la Iglesia podría ser la institución vertebral del nuevo orden que se pretendía construir, pero en la provincia estaba diezmada. Casi todas las instalaciones de la Iglesia había sido destruidas: la catedral, las doce iglesias parroquiales, las dos residencias de religiosos, y ocho de los nueve colegios católicos. Miles de sus fieles se habían ido: muertos, heridos o desparramados por el país. A muchos de los muertos, tal vez la mayoría, se les había negado cristiana sepultura, y se desconocía donde estaban enterrados siquiera. En esta situación, la Iglesia enfrentaba enormes dificultades para cum-

prar amas de Alemania. El embajador británico dio un ultimátum a Ramírez el 14 de enero, el día antes del terremoto. El día que Ramírez fue a San Juan, el gobierno empezó a detener algunos espías alemanes como respuesta al “descubrimiento” de actividades del Eje en el país. La ruptura fue anunciada la madrugada después de la misa por las vótimas en la Plaza del Congreso.

<sup>31</sup> “A breve plazo se iniciará la reconstrucción: ignórase aún si la ciudad se levantará en el mismo lugar”. *La Voz del Interior*, 20 enero 1944.



Recuperación, Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Argentina.

plir con sus funciones más esenciales, mucho menos expandirlas con la ambición propia del momento político.

Dos instituciones del Estado tomarían un papel central en la reconstrucción: el Ministerio de Obras Públicas de la Nación quedó a cargo de la reconstrucción física, mientras que la Intervención Federal de la administración provincial quedó a cargo de la reconstrucción social. El general Juan Pistarini era ministro de Obras Públicas, y el coronel Humberto Sosa Molina fue nombrado interventor. Ambos eran veteranos del golpe del treinta, nacionalistas convencidos, aliados de Perón, y especialmente cercanos a la Iglesia. Ambos defendían las consignas del integrismo católico, pero el intento de llevar esas consignas a la práctica los pondría en conflicto directo.

El general Pistarini llegó al Ministerio de Obras Públicas a principios de 1944 con la idea de aprovechar esta institución estratégica del Estado liberal para implementar el programa integrista católico. Figura clave en la evangelización del ejército, Pistarini nombró un intelectual católico de primera línea como asesor, y lanzó una serie de medidas calçadas del ideario reformista católico: centralizó el control del ministerio, subió salarios, estableció vacaciones pagadas y anunció un amplio pro-

grama de modernización e industrialización.<sup>32</sup> Dos semanas después de asumir, la tragedia le ofreció una oportunidad única para avanzar en su proyecto. Encargó la tarea de más largo plazo a un equipo de arquitectos en Buenos Aires, mientras los altos mandos del ministerio se dedicaban a responder a las necesidades inmediatas de la población en San Juan.

“Como los bombardeos en Europa, el terremoto de San Juan hace más fácil el trabajo de urbanismo”, afirmaron los arquitectos, al producir “una situación de facto que demanda acción inmediata”. Los dos arquitectos principales habían trabajado con Pistarini unos años antes en la construcción de un barrio de suboficiales del ejército que muchos militares veían como un modelo en miniatura del “nuevo orden cristiano”. Sobre el terreno arrasado de San Juan, los arquitectos ahora se sentían libres para imaginar nuevas formas para una nueva sociedad. La ciudad previa había sido mal construida, en propiedades irregulares y sobre terreno inseguro. Los arquitectos propusieron una ruptura radical: abandonar la vieja ciudad y levantar San Juan según un nuevo plano, en un nuevo lugar, sobre terreno más sólido, un kilómetro al suroeste de las ruinas. Propusieron una refundación.<sup>33</sup>

Durante cinco meses los arquitectos trabajaron en imaginar una nueva ciudad acorde con los ideales modernistas: más igualitaria, más amplia, más verde y más segura, con viviendas para todos. Elaboraron una propuesta para cambiar propiedades en la vieja ciudad por propiedades en la nueva. Hicieron campaña con funcionarios, técnicos, intelectuales y las fuerzas vivas sanjuaninas para ganar apoyo. Pero por mucho que visitaran San Juan, su plan reflejaba las ambiciones de los expertos y oficiales nacionales más que las experiencias y posibilidades locales.

Dentro de la ciudad destruida, el ministerio se dedicó primero a remover los escombros e inspeccionar los edificios dañados, reparando lo

<sup>32</sup> Loris Zanatta, *Del estado liberal a la nación católica*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996, 364.

<sup>33</sup> Fermín Beretebide y Carlos Muzio, “Contribución al estudio de la reconstrucción de la ciudad de San Juan y poblaciones vecinas”, enero 1944, citado en Fermín Beretebide, Ernesto Vautier y Carlos Muzio, “La reconstrucción de San Juan”, *Revista de Arquitectura* 294, junio de 1945, 184-96.

recuperable y derrumbando lo demás. Su prioridad en el primer mes fue reparar las bodegas, para que no se perdiera la cosecha, tan crucial para la economía provincial. Tres mil obreros se ocupaban de estas tareas, pero decenas de miles de ciudadanos se quedaban sin techo. Muchos improvisaron ranchos de caña y barro detrás de sus residencias arruinadas o en cualquier lugar posible. Responder a esta necesidad se hacía cada vez más urgente. Pero los detalles no estaban nada claros: ¿cómo, dónde y por quién se debían construir las casas necesarias?

El Estado distribuyó miles de carpas y pasó más de un mes debatiendo propuestas, pero pasada la cosecha y poco antes de la llegada del invierno, se dedicó a construir miles de viviendas de emergencia a toda velocidad. Construidos con materiales industriales innovadores y por trabajadores traídos de afuera, estos proyectos fueron un ensayo a gran escala de la estrategia global de Pistarini en materia de vivienda social. Las casas se erigieron sobre terrenos fiscales o donados fuera del perímetro de la ciudad vieja, la mayoría en dos barrios enormes con poca infraestructura, y las otras en una treintena de barrios más pequeños y cercanos al centro. Fueron presentados como expresión de la capacidad técnica y visión social del gobierno, y bautizados con nombres del régimen: el 4 de Junio (la fecha de golpe), Perón, Pistarini y otros ministros en ejercicio, y algunos voluntarios médicos que fallecieron en la provisión de ayuda. No cabe duda de que las casas de emergencia representaban una mejora sobre las improvisadas viviendas postterremoto de muchos, y aún sobre las caídas viviendas preterremoto de no pocos. La obra de emergencia significó el restablecimiento de cierta normalidad, un ensayo de industrialización de la construcción y un importante logro político. En definitiva, fue el primer paso hacia la refundación de la ciudad. Dos de estas casas de emergencia marcaron la entrada a la exposición en Buenos Aires en junio de 1944 para conmemorar un año de gobierno militar.<sup>34</sup>

Sin embargo, si las autoridades militares confiaban en que, frente a semejante desafío, las demostradas elites liberales simplemente se darían

<sup>34</sup> Véase Mark Healey, *The Ruins of the New Argentina: Peronism, Architecture, and the Remaking of San Juan After the 1944 Earthquake*, tesis doctoral, Duke University, 2000, 107-160.

grama de modernización e industrialización.<sup>32</sup> Dos semanas después de asumir, la tragedia le ofreció una oportunidad única para avanzar en su proyecto. Encargó la tarea de más largo plazo a un equipo de arquitectos en Buenos Aires, mientras los altos mandos del ministerio se dedicaban a responder a las necesidades inmediatas de la población en San Juan.

“Como los bombardeos en Europa, el terremoto de San Juan hace más fácil el trabajo de urbanismo”, afirmaron los arquitectos, al producir “una situación de facto que demanda acción inmediata”. Los dos arquitectos principales habían trabajado con Pistarini unos años antes en la construcción de un barrio de suboficiales del ejército que muchos militares veían como un modelo en miniatura del “nuevo orden cristiano”. Sobre el terreno arrasado de San Juan, los arquitectos ahora se sentían libres para imaginar nuevas formas para una nueva sociedad. La ciudad previa había sido mal construida, en propiedades irregulares y sobre terreno inseguro. Los arquitectos propusieron una ruptura radical: abandonar la vieja ciudad y levantar San Juan según un nuevo plano, en un nuevo lugar, sobre terreno más sólido, un kilómetro al suroeste de las ruinas. Propusieron una refundación.<sup>33</sup>

Durante cinco meses los arquitectos trabajaron en imaginar una nueva ciudad acorde con los ideales modernistas: más igualitaria, más amplia, más verde y más segura, con viviendas para todos. Elaboraron una propuesta para cambiar propiedades en la vieja ciudad por propiedades en la nueva. Hicieron campaña con funcionarios, técnicos, intelectuales y las fuerzas vivas sanjuaninas para ganar apoyo. Pero por mucho que visitaran San Juan, su plan reflejaba las ambiciones de los expertos y oficiales nacionales más que las experiencias y posibilidades locales.

Dentro de la ciudad destruida, el ministerio se dedicó primero a remover los escombros e inspeccionar los edificios dañados, reparando lo

<sup>32</sup> Loris Zanatta, *Del estado liberal a la nación católica*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996, 364.

<sup>33</sup> Fermín Beretebide y Carlos Muzio, “Contribución al estudio de la reconstrucción de la ciudad de San Juan y poblaciones vecinas”, enero 1944, citado en Fermín Beretebide, Ernesto Vautier y Carlos Muzio, “La reconstrucción de San Juan”, *Revista de Arquitectura* 294, junio de 1945, 184-96.

recuperable y derrumbando lo demás. Su prioridad en el primer mes fue reparar las bodegas, para que no se perdiera la cosecha, tan crucial para la economía provincial. Tres mil obreros se ocupaban de estas tareas, pero decenas de miles de ciudadanos se quedaban sin techo. Muchos improvisaron ranchos de caña y barro detrás de sus residencias arruinadas o en cualquier lugar posible. Responder a esta necesidad se hacía cada vez más urgente. Pero los detalles no estaban nada claros: ¿cómo, dónde y por quién se debían construir las casas necesarias?

El Estado distribuyó miles de carpas y pasó más de un mes debatiendo propuestas, pero pasada la cosecha y poco antes de la llegada del invierno, se dedicó a construir miles de viviendas de emergencia a toda velocidad. Construidos con materiales industriales innovadores y por trabajadores traídos de afuera, estos proyectos fueron un ensayo a gran escala de la estrategia global de Pistarini en materia de vivienda social. Las casas se erigieron sobre terrenos fiscales o donados fuera del perímetro de la ciudad vieja, la mayoría en dos barrios enormes con poca infraestructura, y las otras en una treintena de barrios más pequeños y cercanos al centro. Fueron presentados como expresión de la capacidad técnica y visión social del gobierno, y bautizados con nombres del régimen: el 4 de Junio (la fecha de golpe), Perón, Pistarini y otros ministros en ejercicio, y algunos voluntarios médicos que fallecieron en la provisión de ayuda. No cabe duda de que las casas de emergencia representaban una mejora sobre las improvisadas viviendas postterremoto de muchos, y aún sobre las caídas viviendas preterremoto de no pocos. La obra de emergencia significó el restablecimiento de cierta normalidad, un ensayo de industrialización de la construcción y un importante logro político. En definitiva, fue el primer paso hacia la refundación de la ciudad. Dos de estas casas de emergencia marcaron la entrada a la exposición en Buenos Aires en junio de 1944 para conmemorar un año de gobierno militar.<sup>34</sup>

Sin embargo, si las autoridades militares confiaban en que, frente a semejante desafío, las demostradas elites liberales simplemente se darían

<sup>34</sup> Véase Mark Healey, *The Ruins of the New Argentina: Peronism, Architecture, and the Remaking of San Juan After the 1944 Earthquake*, tesis doctoral, Duke University, 2000, 107-160.

por vencidas y las elites católicas cederían por convicción, las primeras semanas después del desastre ofrecerían otras evidencias.

El día después del terremoto, el ministro del Interior fue recibido en San Juan por “un núcleo de caracterizados vecinos” con una lista de demandas: el Estado debía “resarcir” sus pérdidas, reparar sus bodegas sin costo, y hacer una conscripción extraordinaria para conseguir soldados para reconstruir sus fábricas, casas y caminos. Aunque no hubo mención alguna de la crisis social a su alrededor –la reunión fue en la plaza central de la ciudad– hubo algunas cifras muy precisas. Querían 150 millones de pesos para sus pérdidas y 50 000 soldados para la reconstrucción, en un momento en que sólo había 35 000 en todo el ejército.<sup>35</sup>

El reclamo fue una muestra extraordinaria de la confianza política y la ceguera social de la elite bodeguera, y una indicación de la resistencia que darían a cualquier reforma. El gobierno rechazó sus pedidos en general, pero no pudo evitar la reparación de las bodegas. Sin duda la audacia de la afirmación de los bodegueros contribuyó aún más al descreído de las elites, aunque también tendría sus irónicos beneficios.

Tampoco la Iglesia escapó al cuestionamiento general de la autoridad después del terremoto. Muchos de los líderes católicos se fueron de la ciudad en el momento del derrumbe. Aunque varios curas jugaron un rol activo en ayudar y consolar a las víctimas durante la noche de la tragedia, voces populares los juzgaron ausentes. El eje de las críticas, sin embargo, fue la autoridad máxima, el arzobispo Rodríguez y Olmos.<sup>36</sup> Estaba de vacaciones en un pueblo de la provincia vecina la noche del terremoto y sólo volvió días más tarde. Según el arzobispo, había hecho todo lo posible para volver a tiempo pero no pudo llegar por dificultades en el camino y la resistencia de las autoridades a dejarlo entrar de nuevo en la provincia. Mantuvo en su defensa, además, que cuando finalmente llegó, ordenó a sus sirvientes que distribuyeran entre los necesitados el dinero y la comida que tenía en el palacio arzobispal.<sup>37</sup> Pero

<sup>35</sup> “Para la reconstrucción de la ciudad se pide la conscripción de 50 000 obreros”, *Voz del Interior*, 17 de enero de 1944.

<sup>36</sup> Francisco Company, “El problema religioso en la ciudad destruida”, *Boletín oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, vol. xxviii, núm. 3, marzo de 1944, 62-68.

<sup>37</sup> “El arzobispo de Cuyo nos habla de su viaje a San Juan después del terremoto”, *Tribuna*, 9 de abril de 1944.

sus argumentos fueron poco convincentes, y tuvo que enfrentar críticas en la prensa. La resistencia de algunos sacerdotes, y hasta un intento inédito del gobierno militar de sancionarlo por negligencia de su deber. Aunque el gobierno finalmente desistió del arresto domiciliario del arzobispo, no cabe duda de que su autoridad fue erosionada de manera radical e irremediable, debilitando sus llamados a la contrición y el sacrificio.<sup>38</sup> “Porqué discutir”, comentó sesenta años después un cura local que había sido ordenado por Rodríguez y Olmos, “no se lo perdonó San Juan”.<sup>39</sup>

#### RESTAURACIÓN Y REPLEGUE

Fue en este contexto que el coronel Sosa Molina asumió como interventor el 30 de enero. En su discurso de asunción, expresó su confianza en la redención y transformación de la provincia: “depurada por el sufrimiento, surgirá una nueva San Juan”. Elogió a los que habían contribuido a superar la emergencia, pero sus elogios fueron dirigidos exclusivamente a las autoridades del gobierno, de las profesiones, y de los propietarios. En ningún momento de su discurso, ni siquiera como gesto retórico, dedicó elogio alguno a los soldados y voluntarios que habían rescatado a las víctimas, a los trabajadores del ferrocarril que hicieron posible la evacuación, o al pueblo sanjuanino en sí. En el discurso quedó grabado su ideario social: un estado fuerte y paternalista guiado por concepciones católicas y nacionalistas de justicia social. Los únicos sanjuaninos que él veía como actores políticos validados eran las elites.<sup>40</sup>

Por mucho que denunciaran a las oligarquías y exaltaran a los trabajadores, los militares respetaban las virtudes marciales de jerarquía y unidad y eran muy conscientes de la importancia de actuar con rapidez. Su condena del orden previo venía acompañada por un miedo al caos.

<sup>38</sup> Sobre el incidente, véase Loris Zanatta, *Perón y el mito de la Nación católica: Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo: 1943-1946*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, 133-5.

<sup>39</sup> Entrevista al padre Pedro Roger Quiruga Marinho por el autor, San Juan, 9 de julio de 2002.

<sup>40</sup> “Asumió sus funciones el nuevo interventor federal de San Juan”, *La Prensa*, 1 de febrero de 1944.

por vencidas y las elites católicas cederían por convicción, las primeras semanas después del desastre ofrecerían otras evidencias.

El día después del terremoto, el ministro del Interior fue recibido en San Juan por “un núcleo de caracterizados vecinos” con una lista de demandas: el Estado debía “resarcir” sus pérdidas, reparar sus bodegas sin costo, y hacer una conscripción extraordinaria para conseguir soldados para reconstruir sus fábricas, casas y caminos. Aunque no hubo mención alguna de la crisis social a su alrededor –la reunión fue en la plaza central de la ciudad– hubo algunas cifras muy precisas. Querían 150 millones de pesos para sus pérdidas y 50 000 soldados para la reconstrucción, en un momento en que sólo había 35 000 en todo el ejército.<sup>35</sup>

El reclamo fue una muestra extraordinaria de la confianza política y la ceguera social de la elite bodeguera, y una indicación de la resistencia que darían a cualquier reforma. El gobierno rechazó sus pedidos en general, pero no pudo evitar la reparación de las bodegas. Sin duda la audacia de la afirmación de los bodegueros contribuyó aún más al descredito de las elites, aunque también tendría sus irónicos beneficios.

Tampoco la Iglesia escapó al cuestionamiento general de la autoridad después del terremoto. Muchos de los líderes católicos se fueron de la ciudad en el momento del derrumbe. Aunque varios curas jugaron un rol activo en ayudar y consolar a las víctimas durante la noche de la tragedia, voces populares los juzgaron ausentes. El eje de las críticas, sin embargo, fue la autoridad máxima, el arzobispo Rodríguez y Olmos.<sup>36</sup> Estaba de vacaciones en un pueblo de la provincia vecina la noche del terremoto y sólo volvió días más tarde. Según el arzobispo, había hecho todo lo posible para volver a tiempo pero no pudo llegar por dificultades en el camino y la resistencia de las autoridades a dejarlo entrar de nuevo en la provincia. Mantuvo en su defensa, además, que cuando finalmente llegó, ordenó a sus sirvientes que distribuyeran entre los necesitados el dinero y la comida que tenía en el palacio arzobispal.<sup>37</sup> Pero

<sup>35</sup> “Para la reconstrucción de la ciudad se pide la conscripción de 50 000 obreros”, *Voz del Interior*, 17 de enero de 1944.

<sup>36</sup> Francisco Company, “El problema religioso en la ciudad destruida”, *Boletín oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, vol. xxviii, núm. 3, marzo de 1944, 62-68.

<sup>37</sup> “El arzobispo de Cuyo nos habla de su viaje a San Juan después del terremoto”, *Tribuna*, 9 de abril de 1944.

sus argumentos fueron poco convincentes, y tuvo que enfrentar críticas en la prensa. La resistencia de algunos sacerdotes, y hasta un intento inédito del gobierno militar de sancionarlo por negligencia de su deber. Aunque el gobierno finalmente desistió del arresto domiciliario del arzobispo, no cabe duda de que su autoridad fue erosionada de manera radical e irremediable, debilitando sus llamados a la contrición y el sacrificio.<sup>38</sup> “Porqué discutir”, comentó sesenta años después un cura local que había sido ordenado por Rodríguez y Olmos, “no se lo perdonó San Juan”.<sup>39</sup>

#### RESTAURACIÓN Y REPLEGUE

Fue en este contexto que el coronel Sosa Molina asumió como interventor el 30 de enero. En su discurso de asunción, expresó su confianza en la redención y transformación de la provincia: “depurada por el sufrimiento, surgirá una nueva San Juan”. Elogió a los que habían contribuido a superar la emergencia, pero sus elogios fueron dirigidos exclusivamente a las autoridades del gobierno, de las profesiones, y de los propietarios. En ningún momento de su discurso, ni siquiera como gesto retórico, dedicó elogio alguno a los soldados y voluntarios que habían rescatado a las víctimas, a los trabajadores del ferrocarril que hicieron posible la evacuación, o al pueblo sanjuanino en sí. En el discurso quedó grabado su ideario social: un estado fuerte y paternalista guiado por concepciones católicas y nacionalistas de justicia social. Los únicos sanjuaninos que él veía como actores políticos validos eran las elites.<sup>40</sup>

Por mucho que denunciaran a las oligarquías y exaltaran a los trabajadores, los militares respetaban las virtudes marciales de jerarquía y unidad y eran muy conscientes de la importancia de actuar con rapidez. Su condena del orden previo venía acompañada por un miedo al caos.

<sup>38</sup> Sobre el incidente, véase Loris Zanatta, *Perón y el mito de la Nación católica: Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo: 1943-1946*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, 133-5.

<sup>39</sup> Entrevista al padre Pedro Roger Quiruga Marinho por el autor, San Juan, 9 de julio de 2002.

<sup>40</sup> “Asumió sus funciones el nuevo interventor federal de San Juan”, *La Prensa*, 1 de febrero de 1944.

Sosa Molina no tardó en tejer alianzas con los nacionalistas católicos sanjuaninos. Puso a dirigentes católicos en puestos clave, desde la presidencia de la Corte Suprema provincial para abajo. Nombró como su secretario a un joven militante católico, hijo de un dirigente conservador, y como su ministro de gobierno a un dirigente católico de la provincia vecina.

Profundamente críticos del orden liberal que ellos ayudaron a romper, los católicos ahora buscaban una manera de desterrar de una vez a sus rivales liberales y al cantonismo. La muerte y la evacuación ya había dividido y dispersado a esos rivales, y de todas formas la ley marcial vigente dejaba poco espacio para debatir las iniciativas oficiales. Al ganar los oídos de las autoridades militares, los conservadores católicos reforzaron su posición justo cuando sus pares se encontraban más cuestionados que nunca.

En el terreno simbólico, la afirmación de valores católicos no podría ser más fuerte. De las ruinas emergía una ciudad provisoria, marcada por un Estado nuevo y un catolicismo renovado. Cada construcción de emergencia fue presentada como un fragmento de la nueva Argentina. Cada barrio, capilla o escuela que se terminaba era inaugurado por el interventor Sosa Molina, con la presencia y bendición de un sacerdote.

En la fiesta patria del 25 de mayo, a cuatro meses de la tragedia, la provincia entera fue consagrada al Inmaculado Corazón de María, por iniciativa de Sosa Molina. El interventor también aprovechó el momento para inaugurar formalmente la educación religiosa. La ceremonia fue dirigida por el arzobispo, quien llamó al arrepentimiento una vez más y prometió construir un templo votivo de San Juan al Corazón Inmaculado de María, “dominando la ciudad que ha de renacer pujante de sus escombros”.<sup>41</sup> Reconstruir las demás iglesias era necesario para que San Juan volviera a ser ciudad, en la visión del arzobispo. Pero el templo votivo sería más que eso, y serviría para confirmar que gracias al sacrificio la provincia había vuelto al sendero de Dios. Unos años después, el arzobispo describiría al templo como “el pararrayo de la Divina Justicia”.

<sup>41</sup> “La Arquidiócesis de San Juan va a ser consagrada al inmaculado Corazón de María el 25 de mayo”, *El Pueblo*, 9 de abril de 1944; “Consagración de San Juan al Corazón de María” *Boletín Oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, XVIII, 6, junio de 1944, 202-27.

La ceremonia expresó la alianza potente entre la Iglesia y el Estado, pero también dejó en tver algunas fisuras del “nuevo orden cristiano”. Faltaron mujeres y niños ese día, por ejemplo, y el diario católico admitió que eso se debió a que las familias adineradas todavía no habían vuelto a San Juan. Al presumir que sólo las familias de clase alta vendrían a esta ceremonia, el periodista dejó en evidencia que la renovación católica todavía tenía un limitado alcance popular, y al notar la ausencia de esas familias, confirmó la queja popular sobre la fuga de las elites.<sup>42</sup>

“El terremoto ha raleado abajo las medianeras: las domiciliarias y las que aislaban a los individuos”, concluyó el diario católico. “Ya no hay clases sociales [...] y es seguro que de los barrios provisorios saldrá una nueva sociedad, la aristocracia del terremoto”.<sup>43</sup> Para muchos, los barrios no sólo fueron la instancia más concreta de la acción del Estado, sino un laboratorio de la sociedad más igualitaria que esa acción podría construir.

Por lo tanto, las viviendas de emergencia deberían ser destinadas a los que más las necesitaban. La distribución de esas viviendas quedó a cargo del gobierno provincial, y por tanto de funcionarios católicos. Ellos emitieron comunicados constantes instando a los poderosos a construir sus propias casas en vez de ir a vivir a los barrios oficiales, y hasta llegaron a proponer cobrar un alquiler en proporción a los ingresos familiares de los habitantes de las viviendas de emergencia. Pero esta propuesta se descartó, las exhortaciones oficiales produjeron poco efecto, y la distribución de viviendas de emergencia pronto reafirmó las divisiones de clase anteriores. En ese sentido, fue un reflejo fiel del énfasis en justicia y jerarquía social de los dirigentes católicos: todos recibían casas, pero no las mismas.

Cada día, durante meses, la administración provincial publicaba una lista de los adjudicatarios de viviendas donde se especificaba el nombre, la profesión, y el número de hijos de cada uno. Cada día esa lista mostraba a las claras como la ayuda se estaba usando para reforzar diferencias de clases. Por ejemplo, en la lista de los que los recibían casas en uno de los barrios mejor construidos figuraron modistas, comercian-

<sup>42</sup> “Problemas del terremoto”, *Tribuna*, 28 de mayo de 1944.

<sup>43</sup> Emiliano Lee, “La casa vacía”, *Tribuna*, 21 de agosto de 1944.

Sosa Molina no tardó en tejer alianzas con los nacionalistas católicos sanjuaninos. Puso a dirigentes católicos en puestos clave, desde la presidencia de la Corte Suprema provincial para abajo. Nombró como su secretario a un joven militante católico, hijo de un dirigente conservador, y como su ministro de gobierno a un dirigente católico de la provincia vecina.

Profundamente críticos del orden liberal que ellos ayudaron a romper, los católicos ahora buscaban una manera de desterrar de una vez a sus rivales liberales y al cantonismo. La muerte y la evacuación ya había dividido y dispersado a esos rivales, y de todas formas la ley marcial vigente dejaba poco espacio para debatir las iniciativas oficiales. Al ganar los oídos de las autoridades militares, los conservadores católicos reforzaron su posición justo cuando sus pares se encontraban más cuestionados que nunca.

En el terreno simbólico, la afirmación de valores católicos no podría ser más fuerte. De las ruinas emergía una ciudad provisoria, marcada por un Estado nuevo y un catolicismo renovado. Cada construcción de emergencia fue presentada como un fragmento de la nueva Argentina. Cada barrio, capilla o escuela que se terminaba era inaugurado por el interventor Sosa Molina, con la presencia y bendición de un sacerdote.

En la fiesta patria del 25 de mayo, a cuatro meses de la tragedia, la provincia entera fue consagrada al Inmaculado Corazón de María, por iniciativa de Sosa Molina. El interventor también aprovechó el momento para inaugurar formalmente la educación religiosa. La ceremonia fue dirigida por el arzobispo, quien llamó al arrepentimiento una vez más y prometió construir un templo votivo de San Juan al Corazón Inmaculado de María, “dominando la ciudad que ha de renacer pujante de sus escombros”.<sup>41</sup> Reconstruir las demás iglesias era necesario para que San Juan volviera a ser ciudad, en la visión del arzobispo. Pero el templo votivo sería más que eso, y serviría para confirmar que gracias al sacrificio la provincia había vuelto al sendero de Dios. Unos años después, el arzobispo describiría al templo como “el pararrayo de la Divina Justicia”.

<sup>41</sup> “La Arquidiócesis de San Juan va a ser consagrada al inmaculado Corazón de María el 25 de mayo”, *El Pueblo*, 9 de abril de 1944; “Consagración de San Juan al Corazón de María” *Boletín Oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, XVIII, 6, junio de 1944, 202-27.

La ceremonia expresó la alianza potente entre la Iglesia y el Estado,

pero también dejó en terever algunas fisuras del “nuevo orden cristiano”. Faltaron mujeres y niños ese día, por ejemplo, y el diario católico admitió que eso se debió a que las familias adineradas todavía no habían vuelto a San Juan. Al presumir que sólo las familias de clase alta vendrían a esta ceremonia, el periodista dejó en evidencia que la renovación católica todavía tenía un limitado alcance popular, y al notar la ausencia de esas familias, confirmó la queja popular sobre la fuga de las elites.<sup>42</sup>

“El terremoto ha raleado abajo las medianeras: las domiciliarias y las que aislaban a los individuos”, concluyó el diario católico. “Ya no hay clases sociales [...] y es seguro que de los barrios provisorios saldrá una nueva sociedad, la aristocracia del terremoto”.<sup>43</sup> Para muchos, los barrios no sólo fueron la instancia más concreta de la acción del Estado, sino un laboratorio de la sociedad más igualitaria que esa acción podría construir.

Por lo tanto, las viviendas de emergencia deberían ser destinadas a los que más las necesitaban. La distribución de esas viviendas quedó a cargo del gobierno provincial, y por tanto de funcionarios católicos. Ellos emitieron comunicados constantes instando a los poderosos a construir sus propias casas en vez de ir a vivir a los barrios oficiales, y hasta llegaron a proponer cobrar un alquiler en proporción a los ingresos familiares de los habitantes de las viviendas de emergencia. Pero esta propuesta se descartó, las exhortaciones oficiales produjeron poco efecto, y la distribución de viviendas de emergencia pronto reafirmó las divisiones de clase anteriores. En ese sentido, fue un reflejo fiel del énfasis en justicia y jerarquía social de los dirigentes católicos: todos recibían casas, pero no las mismas.

Cada día, durante meses, la administración provincial publicaba una lista de los adjudicatarios de viviendas donde se especificaba el nombre, la profesión, y el número de hijos de cada uno. Cada día esa lista mostraba a las claras como la ayuda se estaba usando para reforzar diferencias de clases. Por ejemplo, en la lista de los que los recibían casas en uno de los barrios mejor construidos figuraron modistas, comercian-

<sup>42</sup> “Problemas del terremoto”, *Tribuna*, 28 de mayo de 1944.

<sup>43</sup> Emiliano Lee, “La casa vacía”, *Tribuna*, 21 de agosto de 1944.

tes, dentistas, abogados, médicos, ingenieros, enólogos, y una profesora de piano. En cambio, la descripción de los nuevos residentes del barrio más masivo observó simplemente que “predominan los jornaleros, pequeños agricultores y gente modesta en general”.<sup>44</sup> Meses después, el diario reconocía abiertamente que “los barrios de emergencia tienen jerarquía social”: las mejores casas en barrios más pequeños y céntricos se iban a la clase media y alta, y las casas más simples en los barrios más masivos se destinaban a la clase obrera.<sup>45</sup> Las mejores casas de todas estaban en los dos barrios obreros iniciados antes del terremoto, que ahora eran inaugurados por residentes bien distintos a los de sus destinatarios originales.

Fue durante la administración de Sosa Molina que la elite católica finalmente cristalizó la autoridad que antes ejerció débilmente. La afirmación audaz de los bodegueros el día después del terremoto, por ejemplo, terminó fortaleciendo su posición como portavoces de la comunidad. Pronto formaron una Comisión Pro-Restauración Provincial y se convirtieron en los máximos defensores de la vieja ciudad contra la propuesta de una nueva fundación. La Comisión incluyó a representantes de los más importantes sectores económicos y políticos locales, menos el cantonismo, pero claramente mandaban los conservadores católicos. El secretario de la Comisión fue el exvicegobernador Horacio Videla y el presidente fue Bartolomé del Bono, el mayor bodeguero de la provincia.<sup>46</sup>

Defendieron a la propiedad y rechazaron los argumentos oficiales, ignorando casi todos los serios problemas que el terremoto dejó en evidencia. Aunque el sitio para la nueva ciudad estaba apenas a un kilómetro de distancia, y sobre terreno más seguro, el traslado representaba un golpe fuerte contra las memorias de una comunidad y también, por supuesto, contra el valor de la propiedad.

<sup>44</sup> “Adjudicóse mas viviendas”, *Tribuna*, 14 de abril de 1944 y “Se hicieron mas adjudicaciones en barrios”, *Tribuna*, 19 de abril de 1944.

<sup>45</sup> “Buenos días”, *Tribuna*, 20 de septiembre de 1944.

<sup>46</sup> Lo esencial de sus propuestas están reproducidas en “Una comisión solicita que no sea cambiada la ubicación de San Juan”, *La Prensa*, 7 de marzo de 1944.

Los bodegueros lanzaron una campaña a favor de la reconstrucción en el mismo lugar que fue sumamente efectiva en unir a una elite dividida y aislar a los que defendían el traslado. El mismo plan regulador que había suscitado tanta resistencia bodeguera antes del terremoto ahora fue abrazado por todos como una solución ideal. Los mismos intelectuales católicos, como Pablo Ramella y Horacio Videla, que habían insistido antes en la necesidad de un reordenamiento drástico, ahora sostenían que sólo hacían falta retoques pequeños. “¡Librenos Dios de ser enemigos del progreso, pues durante diez años hemos bregado por la renovación de San Juan”, escribió Ramella, “pero no coloquemos las cosas tan en lo alto que olvidemos su tangible realidad”. La “realidad” que tenía en mente era la propiedad urbana amenazada por los “enemigos de la vieja ciudad en desgracia”, los “utópicos” e “idealistas” que defendían el traslado.<sup>47</sup>

Si en un principio la construcción de vivienda temporaria y la reconstrucción global de toda la ciudad parecieron dos proyectos fuertemente enlazados entre sí, partes de una misma estrategia estatal, a medida que pasaban los meses se hizo más evidente la debilidad de la conexión entre ellos. La construcción de los barrios resultó ser por lo menos en corto plazo, una intervención casi ideal desde el punto de vista de las autoridades: urgente, eficaz y agradecida, muestra de la capacidad del gobierno. En cambio, la reconstrucción de la ciudad resultó ser compleja y controversial.

Para el general Pistarini, el proyecto de traslado era atractivo porque implicaba reordenar la sociedad local según formas que eran a la vez modernistas y católicas. La justicia social tenía peso en su versión de su nacionalismo católico –como indicaban los aumentos, las vacaciones, y los otros derechos sociales que había implementado para los trabaja-

<sup>47</sup> Véase Pablo Ramella, “Reflexiones acerca de la tragedia de San Juan”, *El Pueblo*, 23 de enero de 1944; “Idealistas y realistas en la reconstrucción de San Juan”, *El Pueblo*, 15 de febrero de 1944; “Razones para que San Juan sea mantenida en su Lugar”, *Los Andes*, 16 de marzo de 1944; y “Nuevos problemas jurídicos acerca de la reconstrucción de San Juan”, *El Pueblo*, 14 de abril de 1944. Véase también Horacio Videla, “La ubicación de la futura ciudad de San Juan”, *La Nación*, 17 de febrero de 1944 y “La reconstrucción de San Juan”, *Tribuna*, 23 de abril de 1944.

tes, dentistas, abogados, médicos, ingenieros, enólogos, y una profesora de piano. En cambio, la descripción de los nuevos residentes del barrio más masivo observó simplemente que “predominan los jornaleros, pequeños agricultores y gente modesta en general”.<sup>44</sup> Meses después, el diario reconocería abiertamente que “los barrios de emergencia tienen jerarquía social”: las mejores casas en barrios más pequeños y céntricos se iban a la clase media y alta, y las casas más simples en los barrios más masivos se destinaban a la clase obrera.<sup>45</sup> Las mejores casas de todas estaban en los dos barrios obreros iniciados antes del terremoto, que ahora eran inaugurados por residentes bien distintos a los de sus destina- rios originales.

Fue durante la administración de Sosa Molina que la elite católica finalmente cristalizó la autoridad que antes ejerció débilmente. La afirmación audaz de los bodegueros el día después del terremoto, por ejemplo, terminó fortaleciendo su posición como portavoces de la comunidad. Pronto formaron una Comisión Pro-Restauración Provincial y se convirtieron en los máximos defensores de la vieja ciudad contra la propuesta de una nueva fundación. La Comisión incluyó a representantes de los más importantes sectores económicos y políticos locales, menos el cantonismo, pero claramente mandaban los conservadores católicos. El secretario de la Comisión fue el exvicegobernador Horacio Videla y el presidente fue Bartolomé del Bono, el mayor bodeguero de la provincia.<sup>46</sup>

Defendieron a la propiedad y rechazaron los argumentos oficiales, ignorando casi todos los serios problemas que el terremoto dejó en evidencia. Aunque el sitio para la nueva ciudad estaba apenas a un kilómetro de distancia, y sobre terreno más seguro, el traslado representaba un golpe fuerte contra las memorias de una comunidad y también, por supuesto, contra el valor de la propiedad.

Los bodegueros lanzaron una campaña a favor de la reconstrucción en el mismo lugar que fue sumamente efectiva en unir a una elite dividida y aislar a los que defendían el traslado. El mismo plan regulador que había suscitado tanta resistencia bodeguera antes del terremoto ahora fue abrazado por todos como una solución ideal. Los mismos intelectuales católicos, como Pablo Ramella y Horacio Videla, que habían insistido antes en la necesidad de un reordenamiento drástico, ahora sostenían que sólo hacían falta retoques pequeños. “¡Librenos Dios de ser enemigos del progreso, pues durante diez años hemos bregado por la renovación de San Juan”, escribió Ramella, “pero no coloquemos las cosas tan en lo alto que olvidemos su tangible realidad”. La “realidad” que tenía en mente era la propiedad urbana amenazada por los “enemigos de la vieja ciudad en desgracia”, los “utópicos” e “idealistas” que defendían el traslado.<sup>47</sup>

Si en un principio la construcción de vivienda temporaria y la reconstrucción global de toda la ciudad parecieron dos proyectos fuertemente enlazados entre sí, partes de una misma estrategia estatal, a medida que pasaban los meses se hizo más evidente la debilidad de la conexión entre ellos. La construcción de los barrios resultó ser por lo menos en corto plazo, una intervención casi ideal desde el punto de vista de las autoridades: urgente, eficaz y agradecida, muestra de la capacidad del gobierno. En cambio, la reconstrucción de la ciudad resultó ser compleja y controversial.

Para el general Pistarini, el proyecto de traslado era atractivo porque implicaba reordenar la sociedad local según formas que eran a la vez modernistas y católicas. La justicia social tenía peso en su versión de su nacionalismo católico—como indicaban los aumentos, las vacaciones, y los otros derechos sociales que había implementado para los trabaja-

<sup>44</sup> “Adjudicóse mas viviendas”, *Tribuna*, 14 de abril de 1944 y “Se hicieron mas adjudicaciones en barrios”, *Tribuna*, 19 de abril de 1944.

<sup>45</sup> “Buenos días”, *Tribuna*, 20 de septiembre de 1944.

<sup>46</sup> Lo esencial de sus propuestas están reproducidas en “Una comisión solicita que no sea cambiada la ubicación de San Juan”, *La Prensa*, 7 de marzo de 1944.

<sup>47</sup> Véase Pablo Ramella, “Reflexiones acerca de la tragedia de San Juan”, *El Pueblo*, 23 de enero de 1944; “Idealistas y realistas en la reconstrucción de San Juan”, *El Pueblo*, 15 de febrero de 1944; “Razones para que San Juan sea mantenida en su lugar”, *Los Andes*, 16 de marzo de 1944; y “Nuevos problemas jurídicos acerca de la reconstrucción de San Juan”, *El Pueblo*, 14 de abril de 1944. Véase también Horacio Videla, “La ubicación de la futura ciudad de San Juan”, *La Nación*, 17 de febrero de 1944 y “La reconstrucción de San Juan”, *Tribuna*, 23 de abril de 1944.

dores del ministerio—pero la autoridad y la jerarquía pesaban más. Así, su plan de traslado tendría que ser aceptado porque lo dictaba una autoridad justa, más que por haber ganado apoyo en un debate abierto. Por su parte, los muchos funcionarios estatales a favor del traslado, en San Juan y Buenos Aires, eran reticentes a promover cualquier movilización o conflicto público en torno a una herida aún abierta. Los arquitectos hicieron campaña entre los suyos y, con bastante menos éxito, entre la elite sanjuanina, pero su plan recibió poca promoción estatal en un momento en que la prensa estaba saturada por iniciativas estatales.

Detrás de las declaraciones de unidad y las promesas de reconstrucción, el gobierno militar estaba dividido por fuertes pugnas internas. En San Juan, Sosa Molina no tuvo que esconder su desacuerdo con el traslado. Aunque tenía el poder para censurar la prensa, dio vía libre a los dos diarios conservadores locales para montar una vigorosa campaña contra el traslado. Tuvieron un éxito notable que fue potenciado por las divisiones internas del gobierno. En mayo, Pistarini perdió el control sobre la reconstrucción de la ciudad destruida: a partir de ahora, la reconstrucción sería responsabilidad de un nuevo Consejo de Reconstrucción, con sede en San Juan. La tarea de determinar las características del Consejo fue encargada a los asesores de Sosa Molina. Estos intelectuales católicos recomendaron que el Consejo estuviera bajo la autoridad del gobierno provincial, y que siguiera el plan de reconstrucción cauteloso que ellos favorecerían.<sup>48</sup> De modo que la ceremonia del 25 de mayo celebraba la recuperación del lugar tutelado de la Iglesia no sólo en el aula sino también en la tarea de trazar las líneas de la provincia futura.

Parecía, a pocos meses del terremoto, que la tragedia y la actuación militar habían servido para finalmente encanizar a la provincia bajo la dirigencia católica. En el camino no se había perdido el reclamo de justicia social, sino que se había realizado en la justa medida que la elite católica lo veía necesario. Así, pocos encontraron extraño que el discurso de despedida de Sosa Molina a finales de julio de 1944, lleno de elogios a la obra social que había llevado a cabo, fuera pronunciado por Santia-

<sup>48</sup> Sobre la formulación y la frustración de los planes de reconstrucción, véase Mark Healey, *The Ruins of the New Argentina: Peronism, Architecture, and the Remaking of San Juan After the 1944 Earthquake*, tesis doctoral, Duke University, 2000, 160-398.

go Graffigna, un dirigente católico y el máximo operador político conservador de la década anterior.<sup>49</sup>

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

Frente a la tragedia, las consignas católicas compartidas inspirarían respuestas muy diferentes, y hasta encontradas, de parte de las autoridades nacionales y militantes locales. Más allá de la retórica de la unidad en el sacrificio, la Iglesia se encontró en el centro de fuertes desacuerdos sobre cómo resolver problemas inmediatos y cómo proyectar soluciones hacia el futuro. Dentro de San Juan, sin embargo, Sosa Molina pronto implementó todas las demandas principales y fortaleció de modo inédito a los más importantes dirigentes del catolicismo local. Dejó el gobierno con la posibilidad de que los líderes católicos realmente dispusieron del futuro de la ciudad. En varios sentidos, la victoria resultó ser permanente: el traslado finalmente se descartaría, los símbolos católicos se afianzarían, y el ideario católico serviría de guía a las políticas sociales durante décadas.

Pero el intento de dominar la profunda transformación social en curso resultaría menos exitosa. El Consejo de Reconstrucción resultó ser un triunfo hueco: formado bajo la autoridad del Ministerio del Interior (no del interventor provincial), el nuevo ente pronto volvió a abrir el debate sobre el futuro de la ciudad, nombrando otro equipo de arquitectos. Gracias a la intransigencia de los propietarios locales y la prepotencia del gobierno, la compleja pelea por el futuro de la ciudad terminaría durando más de una década, involucrando finalmente a siete equipos de arquitectos. La resistencia de los propietarios derrotó el intento de traslado, pero también derrotó cualquier intento de construir una ciudad acorde con los ideales que los militantes católicos decían defender. Los católicos habían defendido muchos aspectos del amplio proyecto de justicia social avanzado por el gobierno militar y, sobre todo, por el gobierno civil de Perón que lo siguió. Pero no habían anticipado la

<sup>49</sup> "Una cordial despedida se le tributo ayer al Gral. Humberto Sosa Molina", *Tribuna*, 22 de julio de 1944.

dores del ministerio—pero la autoridad y la jerarquía pesaban más. Así, su plan de traslado tendría que ser aceptado porque lo dictaba una autoridad justa, más que por haber ganado apoyo en un debate abierto. Por su parte, los muchos funcionarios estatales a favor del traslado, en San Juan y Buenos Aires, eran reticentes a promover cualquier movilización o conflicto público en torno a una herida aún abierta. Los arquitectos hicieron campaña entre los suyos y, con bastante menos éxito, entre la élite sanjuanina, pero su plan recibió poca promoción estatal en un momento en que la prensa estaba saturada por iniciativas estatales.

Detrás de las declaraciones de unidad y las promesas de reconstrucción, el gobierno militar estaba dividido por fuertes pugnas internas. En San Juan, Sosa Molina no tuvo que esconder su desacuerdo con el traslado. Aunque tenía el poder para censurar la prensa, dio vía libre a los dos diarios conservadores locales para montar una vigorosa campaña contra el traslado. Tuvieron un éxito notable que fue potenciado por las divisiones internas del gobierno. En mayo, Pistarini perdió el control sobre la reconstrucción de la ciudad destruida: a partir de ahora, la reconstrucción sería responsabilidad de un nuevo Consejo de Reconstrucción, con sede en San Juan. La tarea de determinar las características del Consejo fue encargada a los asesores de Sosa Molina. Estos intelectuales católicos recomendaron que el Consejo estuviera bajo la autoridad del gobierno provincial, y que siguiera el plan de reconstrucción cauteloso que ellos favorecerían.<sup>48</sup> De modo que la ceremonia del 25 de mayo celebraba la recuperación del lugar tutelado de la Iglesia no sólo en el aula sino también en la tarea de trazar las líneas de la provincia futura.

Parecía, a pocos meses del terremoto, que la tragedia y la actuación militar habían servido para finalmente encauzar a la provincia bajo la dirigencia católica. En el camino no se había perdido el reclamo de justicia social, sino que se había realizado en la justa medida que la élite católica lo veía necesario. Así, pocos encontraron extraño que el discurso de despedida de Sosa Molina a finales de julio de 1944. Lleno de elogios a la obra social que había llevado a cabo, fuera pronunciado por Santia-

<sup>48</sup> Sobre la formulación y la frustración de los planes de reconstrucción, véase Mark Healey, *The Ruins of the New Argentina: Peronism, Architecture, and the Remaking of San Juan After the 1944 Earthquake*, tesis doctoral, Duke University, 2000, 160-398.

go Graffigna, un dirigente católico y el máximo operador político conservador de la década anterior.<sup>49</sup>

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

Frente a la tragedia, las consignas católicas compartidas inspirarían respuestas muy diferentes, y hasta encontradas, de parte de las autoridades nacionales y militantes locales. Más allá de la retórica de la unidad en el sacrificio, la Iglesia se encontró en el centro de fuertes desacuerdos sobre cómo resolver problemas inmediatos y cómo proyectar soluciones hacia el futuro. Dentro de San Juan, sin embargo, Sosa Molina pronto implementó todas las demandas principales y fortaleció de modo inédito a los más importantes dirigentes del catolicismo local. Dejó el gobierno con la posibilidad de que los líderes católicos realmente dispusieron del futuro de la ciudad. En varios sentidos, la victoria resultó ser permanente: el traslado finalmente se descartaría, los símbolos católicos se afianzarían, y el ideario católico serviría de guía a las políticas sociales durante décadas.

Pero el intento de dominar la profunda transformación social en curso resultaría menos exitosa. El Consejo de Reconstrucción resultó ser un triunfo hueco: formado bajo la autoridad del Ministerio del Interior (no del interventor provincial), el nuevo ente pronto volvió a abrir el debate sobre el futuro de la ciudad, nombrando otro equipo de arquitectos. Gracias a la intransigencia de los propietarios locales y la prepotencia del gobierno, la compleja pelea por el futuro de la ciudad terminaría durando más de una década, involucrando finalmente a siete equipos de arquitectos. La resistencia de los propietarios derrotó el intento de traslado, pero también derrotó cualquier intento de construir una ciudad acorde con los ideales que los militantes católicos decían defender. Los católicos habían defendido muchos aspectos del amplio proyecto de justicia social avanzado por el gobierno militar y, sobre todo, por el gobierno civil de Perón que lo siguió. Pero no habían anticipado la

<sup>49</sup> "Una cordial despedida se le tributo ayer al Gral. Humberto Sosa Molina", *Tribuna*, 22 de julio de 1944.

insurgencia social que sindicatos, derechos sociales y movilización política trajeron. Para los referentes del mundo católico local, parte del atractivo del programa de reformas siempre fue evitar la vuelta del cantonismo, pero el ciclo de movilización social que se abrió desde mediados de 1945 terminó por volver a Cantóni y sus seguidores al centro de la política local. Los dirigentes católicos supieron aprovechar los recelos y distancias entre Cantóni y Perón, pero igualmente su influencia rectora sobre la provincia pronto fue desplazada por una nueva clase política más plebeya y menos consecuente con las jerarquías y las autoridades que nunca dejaron de importar a los católicos.

Fue seguramente en el campo religioso donde la victoria católica inicial resultó más amarga. Se había pensado que un Estado fuerte y justo, siguiendo directivas católicas, serviría para dignificar a las clases populares y acercarlas a la influencia moldeadora de la Iglesia. También se había pensado que ese Estado daría a la Iglesia más de los recursos necesarios para sostener su misión. En el caso sanjuanino, se confiaba en que el Estado volvería a levantar a todos los templos caídos, y la rápida construcción de capillas provisorias—hasta en lugares novedosos, como los barrios de emergencia—seguramente confirmó esa confianza. Pero ese momento de compromiso resultó ser fugaz: el Estado peronista se interesó mucho más en construir hospitales, escuelas y (en alguna medida) viviendas que en levantar iglesias. Seis años después del terremoto, el arzobispo se vio obligado a insistir en una carta pastoral sobre la necesidad de reconstruir las iglesias, y recién una década después se empezaron a inaugurar las primeras iglesias permanentes. La catedral no sería terminada hasta tres décadas después.<sup>31</sup>

Mientras tanto, el tono dominante de la vida local durante la década siguiente fue mucho más plebeyo que clerical. El arzobispo había querido impulsar un renovado culto a la virgen, pero su iniciativa tuvo poco éxito y la construcción del templo volvió se demoró por años. Al mismo tiempo, sin embargo, varios cultos populares largamente combatidos por la Iglesia afloraron, y el propio gobierno de la provincia em-

pezó a avanzar en un santuario para la Difunta Correa, un culto popular aborrecido por la iglesia oficial.

A dos años del terremoto, trabajadores del Consejo de Reconstrucción que removían los escombros de la catedral descubrieron la cripta, con decenas de esqueletos de hombres, mujeres y niños. La iglesia inmediatamente reclamó la devolución de los cuerpos e insistió (a todas luces con razón) con que eran simplemente personas enterradas debajo de la Iglesia antes del establecimiento del cementerio local en el siglo XIX. Pero los rumores populares hablaban de otras cosas: de amantes secretos, de hijos escondidos, y del descubrimiento repentino de la trama secreta del poder clerical. En esta visión, el terremoto también había revelado las falencias y los pecados de la Iglesia. Los cuerpos fueron recuperados, y el asunto fue silenciado, pero no olvidado. En los años venideros, otros grupos de trabajadores en la catedral chocarían con cuerpos enterrados en lugares inesperados. Y algunas voces populares no dejarían de contar rumores sobre estos eventos. Hoy podríamos escuchar estos rumores, de boca de taxistas o aún de algunos militantes católicos, y tal vez no sería excesivo ver en ellos algo de la pesada herencia del desastre. Una Iglesia que se lanzó a la reconquista de la provincia de forma tan abierta, aún con tantos muertos sin enterrar, terminó por reconstruir una sociedad emmarcada por sus dogmas pero poco animada por los principios que decía defender.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BARREBS, Roberto, "Víctima expiatoria, pero conmutada", *El Pueblo*, 27 de enero de 1944.
- BATALLER, Juan Carlos, comp., *Y aquí nos quedamos*, San Juan, Editores del Oeste, 1993.
- BENETTERBIDE, Fermín, Ernesto VAUTIER y Carlos MUZIO, "La reconstrucción de San Juan", *Revista de Arquitectura* 294, junio de 1945, 184-96.
- CAMARU, Lila, *Perón y la Iglesia católica: Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995.
- CALCAGNO, Andrés, "Discurso del vicario general de Ejército", *Boletín Oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, vol. XXVIII, núm. 3, marzo de 1944, 79-82.

<sup>31</sup> Aunque no queda evidencia documental de ello, pareciera que el fuerte desdén del arzobispo a partir del terremoto también redujo su poder de presión frente al Estado.

insurgencia social que sindicatos, derechos sociales y movilización política trajeron. Para los referentes del mundo católico local, parte del atractivo del programa de reformas siempre fue evitar la vuelta del cantonismo, pero el ciclo de movilización social que se abrió desde mediados de 1945 terminó por volver a Cantóni y sus seguidores al centro de la política local. Los dirigentes católicos supieron aprovechar los recelos y distancias entre Cantóni y Perón, pero igualmente su influencia recayó sobre la provincia pronto fue desplazada por una nueva clase política más plebeya y menos consecuente con las jerarquías y las autoridades que nunca dejaron de importar a los católicos.

Fue seguramente en el campo religioso donde la victoria católica inicial resultó más amarga. Se había pensado que un Estado fuerte y justo, siguiendo directivas católicas, serviría para dignificar a las clases populares y acercarlas a la influencia moldeadora de la Iglesia. También se había pensado que ese Estado daría a la Iglesia más de los recursos necesarios para sostener su misión. En el caso sanjuanino, se confiaba en que el Estado volvería a levantar a todos los templos caídos, y la rápida construcción de capillas provisorias—hasta en lugares novedosos, como los barrios de emergencia—seguramente confirmó esa confianza. Pero ese momento de compromiso resultó ser fugaz: el Estado peronista se interesó mucho más en construir hospitales, escuelas y (en alguna medida) viviendas que en levantar iglesias. Seis años después del terremoto, el arzobispo se vio obligado a insistir en una carta pastoral sobre la necesidad de reconstruir las iglesias, y recién una década después se empezaron a inaugurar las primeras iglesias permanentes. La catedral no sería terminada hasta tres décadas después.<sup>50</sup>

Mientras tanto, el tono dominante de la vida local durante la década siguiente fue mucho más plebeyo que clerical. El arzobispo había querido impulsar un renovado culto a la virgen, pero su iniciativa tuvo poco éxito y la construcción del templo votivo se demoró por años. Al mismo tiempo, sin embargo, varios cultos populares largamente combatidos por la Iglesia afloraron, y el propio gobierno de la provincia em-

pezó a avanzar en un santuario para la Difunta Correa, un culto popular aborrecido por la iglesia oficial.

A dos años del terremoto, trabajadores del Consejo de Reconstrucción que removían los escombros de la catedral descubrieron la cripta, con decenas de esqueletos de hombres, mujeres y niños. La iglesia inmediatamente reclamó la devolución de los cuerpos e insistió (a todas luces con razón) con que eran simplemente personas enterradas debajo de la Iglesia antes del establecimiento del cementerio local en el siglo XIX. Pero los rumores populares hablaban de otras cosas: de amantes secretos, de hijos escondidos, y del descubrimiento repentino de la trama secreta del poder clerical. En esta visión, el terremoto también había revelado las falencias y los pecados de la Iglesia. Los cuerpos fueron recuperados, y el asunto fue silenciado, pero no olvidado. En los años venideros, otros grupos de trabajadores en la catedral chocarían con cuerpos enterrados en lugares inesperados. Y algunas voces populares no dejarían de contar rumores sobre estos eventos. Hoy podríamos escuchar estos rumores, de boca de taxistas o aún de algunos militantes católicos, y tal vez no sería excesivo ver en ellos algo de la pesada herencia del desastre. Una Iglesia que se lanzó a la reconquista de la provincia de forma tan abierta, aún con tantos muertos sin enterrar, terminó por reconstruir una sociedad emmarcada por sus dogmas pero poco animada por los principios que decía defender.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BARREBS, Roberto, "Víctima expiatoria, pero conmutada", *El Pueblo*, 27 de enero de 1944.
- BATALLER, Juan Carlos, comp., *Y aquí nos quedamos*, San Juan, Editores del Oeste, 1993.
- BENETTERIDE, Fermín, Ernesto VAUTER y Carlos MUZIO, "La reconstrucción de San Juan", *Revista de Arquitectura* 294, junio de 1945, 184-96.
- CAMARU, Lila, *Perón y la Iglesia católica: Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995.
- CALCAGNO, Andrés, "Discurso del vicario general de Ejército", *Boletín Oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, vol. XXVIII, núm. 3, marzo de 1944, 79-82.

<sup>50</sup> Aunque no queda evidencia documental de ello, pareciera que el fuerte desdén del arzobispo a partir del terremoto también redujo su poder de presión frente al Estado.

- CANELLAS, Marcelo, "El terremoto de San Juan: problemas de orden económico y su solución", *Revista de ciencias económicas*, xxxii, núm. 27/6, julio de 1944, 611-33.
- CARRASCO, Benito y Ángel GUIDO, *Plan Regulador de San Juan*, San Juan, Gobierno de San Juan, 1942.
- COMPANY, Francisco, "El problema religioso en la ciudad destruida", *Boletín oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, vol. xxviii, núm. 3, marzo de 1944, 62-68.
- "Consagración de San Juan al Corazón de María", *Boletín oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, vol. xxviii, núm. 6, junio de 1944, 202-27
- GARCÉS, Luis Javier, *La escuela antonista: Educación, sociedad y Estado en el San Juan de los años 20*, San Juan, Editorial Fundación Universitaria de San Juan, 1992.
- HARRINGTON, Horacio, *Volcanes y terremotos*, Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1944.
- HEALEY, Mark, "The Fragility of the Moment: Politics and Class in the Aftermath of the 1944 Argentine Earthquake", *International Labor and Working-Class History*, 62, 2002, 50-9.
- , *The Ruins of the New Argentina: Peronism, Architecture, and the Remaking of San Juan After the 1944 Earthquake*, tesis doctoral, Duke University, 2000.
- LUCONES, Leopoldo (hijo), *El presidente en San Juan*, Buenos Aires, Subsecretaría de Informaciones, 1944.
- LEE, Emiliano, "La casa vacía," *Tribuna*, 21 de agosto de 1944.
- , "Fren de evacuados," *Tribuna*, 28 de agosto de 1944.
- MARIANETTI, Benito, *El racimo y su aventura: la cuestión vitivinícola*, Mendoza, Editorial Platina, 1965.
- PASTOR, José M. F., "San Juan", *Revista de Arquitectura* 277, enero de 1944, 4.
- RAMIELLA, Pablo, *Reformas a la constitución de San Juan*, San Juan, edición del autor, 1943
- , "Reflexiones acerca de la tragedia de San Juan", *El Pueblo*, 23 de enero de 1944.
- , "Idealistas y realistas en la reconstrucción de San Juan", *El Pueblo*, 15 de febrero de 1944.
- , "Razones para que San Juan sea mantenida en su lugar", *Los Andes*, 16 de marzo de 1944.

- , "Nuevos problemas jurídicos acerca de la reconstrucción de San Juan", *El Pueblo*, 14 de abril de 1944.
- RAMIELLA, Susana, *El radicalismo bloquista en San Juan*, San Juan, Gobierno de la Provincia, 1986.
- ROMERO, Luis Alberto, "Católicos en movimiento: activismo en una parroquia de Buenos Aires, 1935-46", *Estudios Sociales* 14, 1998, 90.
- VIDELA, Horacio, "La ubicación de la futura ciudad de San Juan", *La Nación*, 17 de febrero de 1944.
- VIDELA, Horacio, "La Reconstrucción De San Juan", *Tribuna*, 23 de abril de 1944.
- WESTRATÉ, Nancy, *The Populist Prison and the End of an Era: Culture, Politics and Economics in San Juan and Mendoza, Argentina, 1890-1930*, tesis doctoral, Duke University, 1993.
- ZANATTA, Loris, *Del Estado liberal a la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.
- , *Perón y el mito de la Nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo: 1943-1946*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

FECHA DE ACEPTACIÓN DEL ARTÍCULO: 7 de agosto de 2003

FECHA DE RECEPCIÓN DE LA VERSIÓN FINAL: 29 de octubre de 2003



- CANELLAS, Marcelo, "El terremoto de San Juan: problemas de orden económico y su solución", *Revista de ciencias económicas*, xxxii, núm. 27/6, julio de 1944, 611-33.
- CARRASCO, Benito y Ángel GUIDO, *Plan Regulador de San Juan*, San Juan, Gobierno de San Juan, 1942.
- COMPANY, Francisco, "El problema religioso en la ciudad destruida", *Boletín oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, vol. xxviii, núm. 3, marzo de 1944, 62-68.
- "Consagración de San Juan al Corazón de María", *Boletín oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, vol. xxviii, núm. 6, junio de 1944, 202-27
- GARCÉS, Luis Javier, *La escuela antonista: Educación, sociedad y Estado en el San Juan de los años 20*, San Juan, Editorial Fundación Universitaria de San Juan, 1992.
- HARRINGTON, Horacio, *Volcanes y terremotos*, Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1944.
- HEALEY, Mark, "The Fragility of the Moment: Politics and Class in the Aftermath of the 1944 Argentine Earthquake", *International Labor and Working-Class History*, 62, 2002, 50-9.
- , *The Ruins of the New Argentina: Peronism, Architecture, and the Remaking of San Juan After the 1944 Earthquake*, tesis doctoral, Duke University, 2000.
- LUCONES, Leopoldo (hijo), *El presidente en San Juan*, Buenos Aires, Subsecretaría de Informaciones, 1944.
- LEE, Emiliano, "La casa vacía," *Tribuna*, 21 de agosto de 1944.
- , "Fren de evacuados," *Tribuna*, 28 de agosto de 1944.
- MARIANETTI, Benito, *El racimo y su aventura: la cuestión vitivinícola*, Mendoza, Editorial Platina, 1965.
- PASTOR, José M. F., "San Juan", *Revista de Arquitectura* 277, enero de 1944, 4.
- RAMIELLA, Pablo, *Reformas a la constitución de San Juan*, San Juan, edición del autor, 1943
- , "Reflexiones acerca de la tragedia de San Juan", *El Pueblo*, 23 de enero de 1944.
- , "Idealistas y realistas en la reconstrucción de San Juan", *El Pueblo*, 15 de febrero de 1944.
- , "Razones para que San Juan sea mantenida en su lugar", *Los Andes*, 16 de marzo de 1944.

- , "Nuevos problemas jurídicos acerca de la reconstrucción de San Juan", *El Pueblo*, 14 de abril de 1944.
- RAMIELLA, Susana, *El radicalismo bloquista en San Juan*, San Juan, Gobierno de la Provincia, 1986.
- ROMERO, Luis Alberto, "Católicos en movimiento: activismo en una parroquia de Buenos Aires, 1935-46", *Estudios Sociales* 14, 1998, 90.
- VIDELA, Horacio, "La ubicación de la futura ciudad de San Juan", *La Nación*, 17 de febrero de 1944.
- VIDELA, Horacio, "La Reconstrucción De San Juan", *Tribuna*, 23 de abril de 1944.
- WESTRATÉ, Nancy, *The Populist Prison and the End of an Era: Culture, Politics and Economics in San Juan and Mendoza, Argentina, 1890-1930*, tesis doctoral, Duke University, 1993.
- ZANATTA, Loris, *Del Estado liberal a la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.
- , *Perón y el mito de la Nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

FECHA DE ACEPTACIÓN DEL ARTÍCULO: 7 de agosto de 2003

FECHA DE RECEPCIÓN DE LA VERSIÓN FINAL: 29 de octubre de 2003

